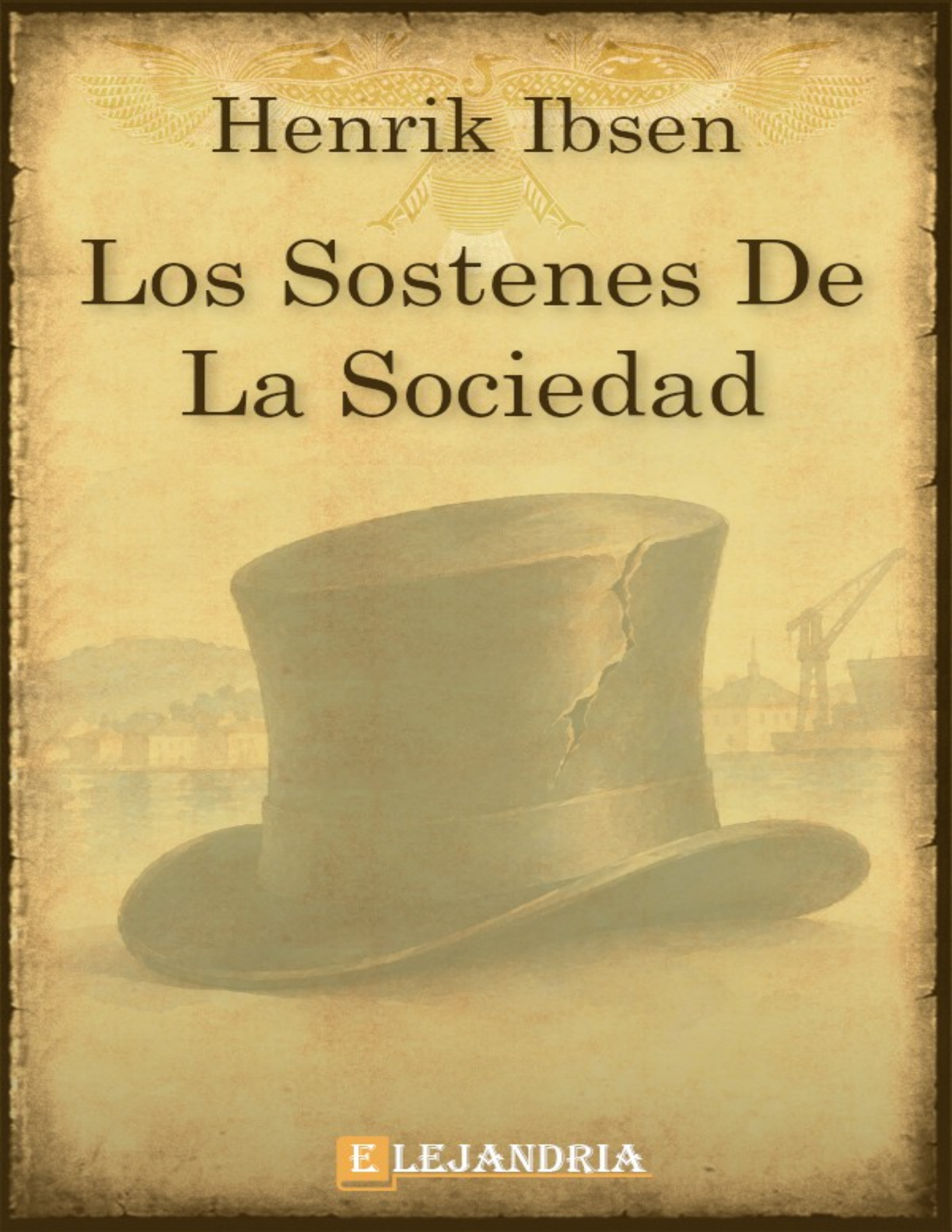
Henrik Ibsen

Los Sostenes De La Sociedad



ELEJANDRIA

Henrik Ibsen

Los Sostenes De La Sociedad



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los sostenes de la sociedad

Henrik Ibsen

Publicado: 1877
Fuente: archive.org
Traducción: José Ramón Pérez Bances
Edición original: Dramas de Enrique Ibsen, t. V (Madrid, Hernando, 1926)

Los sostenes de la sociedad

Drama en cuatro actos

Henrik Ibsen

Traducción de José Ramón Pérez Bances

PERSONAJES

- EL CÓNSUL BERNICK.
- BETTY, su mujer.
- OLAF, su hijo, trece años.
- MARTA, hermana del cónsul.
- JUAN TÖNNESEN, hermano de Betty.
- HILMAR TÖNNESEN, hermano del anterior.
- LONA HESSEL, hermanastra de Betty.
- COADJUTOR ROHRLAND.
- RUMMEL.
- SEÑORA RUMMEL.
- SEÑORITA RUMMEL.
- WIEGELAND.
- ALTSTEDT.
- DINA DORF, recogida en casa del cónsul.
- KRAPP, apoderado.
- AULER.
- SEÑORA LINGE.
- SEÑORA HOLT.
- SEÑORITA HOLT.
- Vecinos, marineros, etc.

La acción en casa del cónsul Bernick, en una pequeña ciudad noruega de la costa.

Acto primero

Gran salón al jardín en casa del cónsul Bernick. En el primer término izquierda, una puerta que va al despacho del cónsul. Algo más atrás, una puerta semejante. A la derecha, en el centro, la puerta principal. La pared del fondo es de cristales, con una puerta abierta a una escalera amplia que baja al jardín. Más allá de la escalera se ve una parte del jardín, que está rodeado de una verja. Por delante de la verja pasa una calle, que al otro lado está construida con pequeñas casas pintadas de colores claros. Es un día caluroso de verano. De tiempo en tiempo pasan algunas personas por la calle, se paran y conversan; en una tiendecita que hay en la esquina entran y salen compradores, etc.

Alrededor de una mesa está sentada una reunión de señoras. En la cabecera, la señora Bernick. A su izquierda, la señora Holt con su hija, y luego, la señora Rummel y la señorita Rummel. A la derecha de la señora Bernick están sentadas la señora Linge, la señorita Bernick y Dina Dorf. Todas las señoras están haciendo labores. Sobre la mesa hay grandes cantidades de piezas de ropa interior cortadas y a medio hacer, así como otras prendas de vestir. Algo más atrás, en una mesita sobre la que hay floreros y un vaso de agua con azúcar, está sentado el coadjutor Rohrland, que lee en voz alta en un libro con cantos dorados, pero de tal manera que los espectadores solo perciban palabras sueltas. En el jardín se ve a Olaf Bernick, que corre de acá para allá y que tira con un arco. Después que Rohrland ha leído un rato, entra por la puerta de la derecha el encargado del taller de construcción naval, Auler. Se produce una corta interrupción en la lectura. La señora Bernick saluda a Auler con la cabeza y le señala hacia la puerta de la iz-

quierda. Auler pasa con precaución por la estancia y llama varias veces suavemente y con pausas a la puerta del cónsul. El apoderado Krapp sale del despacho con el sombrero en la mano y unos papeles debajo del brazo.

KRAPP.—¡Ah!, ¿es usted el que ha llamado?

AULER.—El señor cónsul me mandó venir.

KRAPP.—Sí, pero no puede recibirle a usted; me ha encargado…

AULER.—¿A usted? Yo preferiría…

KRAPP.—…me ha encargado que le dijera a usted que esas conferencias de los sábados para los obreros tienen que acabarse.

AULER.—¿Sí? Yo creía que podía emplear mis horas libres…

KRAPP.—No puede usted emplear sus horas libres en inutilizar a los obreros para las horas de trabajo. El último sábado ha hablado usted de los perjuicios que traerían a los obreros las nuevas máquinas y los nuevos métodos de trabajo que se van a emplear en los astilleros. ¿Por qué hace usted eso?

AULER.—¡Eso lo hago para fortalecer la sociedad!

KRAPP.—Sí, sí, buena manera. El cónsul dice que de ese modo se cortan todos los lazos sociales.

AULER.—Mi sociedad no es la del cónsul, señor apoderado. Como presidente de la Sociedad obrera, tengo que…

KRAPP.—Ante todo es usted *presidente* en el astillero del señor cónsul Bernick. Ante todo tiene usted que cumplir sus deberes con la Sociedad que lleva la firma del cónsul Bernick, porque de ella vivimos todos. Bien, ya sabe usted lo que quería decirle el cónsul.

AULER.—El cónsul no lo hubiese dicho de esa manera. Pero ya puedo figurarme a quién tengo que agradecer esta lección. Al maldito americano. Esa gente quiere que se trabaje aquí a su manera y que…

KRAPP.—Bien, bien; más explicaciones no; no puedo charlar. Ya sabe usted lo que piensa el cónsul; de modo que basta; puede usted volverse al astillero. Seguramente hará usted falta allí; yo bajaré también dentro de un momento. ¡Perdonen ustedes, señoras! *(Saluda y se va por el jardín, calle*

abajo. Auler se va por la puerta de la derecha. Rohrland, que durante el diálogo anterior, sostenido a media voz, ha continuado la lectura, termina al poco tiempo y cierra el libro con bastante ruido.)

ROHRLAND.—Con esto termina la historia, señoras mías.

SEÑORA RUMMEL.—¡Oh, qué narración más instructiva!

SEÑORA HOLT.—¡Y tan moral!

SEÑORA BERNICK.—Un libro así da verdaderamente mucho que pensar.

ROHRLAND.—¡Oh, sí!; constituye un buen antídoto contra los productos que nos ofrecen diariamente periódicos y revistas. Ese exterior dorado y pintado presenta la gran sociedad…; ¿qué es lo que hay realmente debajo? ¡Vacío y podredumbre! La base moral falta por completo. En una palabra, en esa gran sociedad no hay más que sepulcros blanqueados.

SEÑORA HOLT.—Es verdad.

SEÑORA RUMMEL.—No tenemos más que mirar a los marineros americanos que andan por la ciudad.

ROHRLAND.—De semejantes detritus sociales no quiero hablar. Pero aun las clases elevadas, ¿cómo viven? Dondequiera, intranquilidad y dudas punzantes, descontento en los ánimos, inseguridad en todas las posiciones. ¡Cómo está aniquilada la vida de familia! ¡Con qué osadía se expresan las ideas disolventes frente a las verdades más sagradas!

DINA.—*(Sin levantar la vista.)* ¿Pero no hay allí también cosas grandes y hermosas?

ROHRLAND.—¿Grandes y hermosas? No comprendo…

SEÑORA HOLT.—*(Asombrada.)* ¡Pero, por Dios, Dina…!

SEÑORA RUMMEL.—*(Al mismo tiempo.)* Pero, Dina, ¿cómo puedes…?

ROHRLAND.—No creo que debamos desear que esas cosas *grandes y hermosas* hallen eco entre nosotros. No; debemos dar gracias a Dios de que sean las cosas como ahora son entre nosotros. Es verdad que también aquí crece la cizaña entre el trigo, pero ya nos encargaremos de arrancarla. Es

preciso, señoras, conservar pura nuestra sociedad, alejar de nosotros todos los impulsos de revuelta que esta época febril trae consigo.

SEÑORA HOLT.—Y de eso hay bastante, por cierto.

SEÑORA RUMMEL.—Sí, en bien poco estuvo que el año pasado no se hubiese hecho el ferrocarril.

SEÑORA BERNICK.—Pero lo impidió Bernick.

ROHRLAND.—¡La Providencia, señora Bernick! Esté usted convencida de que cuando su marido negó su apoyo a esa empresa, no era más que un instrumento de lo Alto.

SEÑORA BERNICK.—Y, sin embargo, tuvo que oír bastantes lindezas en los periódicos. Pero nos olvidábamos de darles las gracias, señor coadjutor. Es muy amable de parte de usted sacrificarnos tanto tiempo.

ROHRLAND.—¡Oh, le ruego…! Ahora, en vacaciones…

SEÑORA BERNICK.—A pesar de eso, es un sacrificio, señor coadjutor.

ROHRLAND.—*(Acercando su silla.)* No hable usted de eso, querida señora Bernick. ¿No hacen todas ustedes un sacrificio por la buena causa? ¿Y no lo hacen ustedes con gusto y alegría? Estos pervertidos moralmente en cuya corrección trabajamos pueden considerarse en cierto modo como soldados que han caído heridos en el campo de batalla. ¡Ustedes, señoras mías, son las enfermeras, las Hermanas de la Caridad que hacen hilas para esos infelices heridos, que colocan dulcemente la venda en la herida, que cuidan y curan…!

SEÑORA BERNICK.—Tiene que ser un gran don de Dios poder verlo todo a una luz tan hermosa.

ROHRLAND.—En eso gran parte es innato en nosotros, pero también puede adquirirse. Es preciso ver las cosas a la luz de una misión seria… ¿Qué dice usted de esto, señorita Bernick? ¿No le parece a usted que descansa sobre suelo más firme desde que ha empezado a consagrarse por entero a la escuela?

MARTA.—Realmente no sé lo que diga. Muchas veces, cuando voy a la escuela, desearía estar lejos de aquí, en el mar libre.

ROHRLAND.—Vea usted, querida señorita. Esas son tentaciones. Pero a semejantes huéspedes molestos hay que ponerlos a la puerta. ¡El mar libre!… Naturalmente que no quiere usted decir eso a la letra. Se refiere usted a aquella gran sociedad en que tantos naufragan. ¿Pero es que le interesa a usted realmente tanto la vida cuyo tumulto percibe usted afuera? Mire usted a la calle. Las gentes andan al calor del sol, y sudan, y se atormentan con sus pequeñas preocupaciones. No, nosotros estamos mejor; nosotros, sentados aquí, en una habitación fresca y dando la espalda al lado de donde viene el ruido.

SEÑORA BERNICK.—En eso tiene usted razón.

ROHRLAND.—Y en una casa como esta, en un hogar tan cómodo y ordenado, en donde la vida de familia es tan hermosa, donde reinan la paz y la armonía… *(A la señora Bernick.)* ¿Qué es lo que escucha usted, señora?

SEÑORA BERNICK.—*(Vuelta hacia la puerta de la izquierda primer término.)* ¿Qué ruido hacen allá adentro?

ROHRLAND.—¿Ocurre algo de particular?

SEÑORA BERNICK.—No sé. Hablan en el despacho de mi marido.

(Hilmar Tönnesen entra con el cigarro en la boca por la puerta de la derecha, pero se para al ver tantas señoras.)

HILMAR.—¡Oh, perdonen ustedes! *(Va a retirarse.)*

SEÑORA BERNICK.—No, Hilmar, no nos molestas. ¿Querías algo?

HILMAR.—No…, no quería más que ver… Buenos días, señoras mías. *(A la señora Bernick.)* ¿Qué resultará de eso?

SEÑORA BERNICK.—¿De qué?

HILMAR.—Bernick ha reunido un conventículo.

SEÑORA BERNICK.—¿Sí? ¿Pero qué es lo que pasa?

HILMAR.—Nada; la historia del ferrocarril.

SEÑORA RUMMEL.—¡Es posible!

SEÑORA BERNICK.—¡Pobre Ricardo! Todavía le van a molestar más.

ROHRLAND.—Pero ¿cómo se entiende eso? El cónsul dio a conocer tan claramente el año pasado que no quería ferrocarril…

HILMAR.—Cierto. Pero Krapp acaba de contarme que el ferrocarril volvía a estar sobre el tapete, y que Bernick tenía una conferencia con tres financieros.

SEÑORA RUMMEL.—Me parecía haber oído la voz de mi marido.

HILMAR.—Naturalmente. Rummel está ahí, y también Altstedt y Reineke Wiegeland, vulgarmente conocido por San Reineke.

ROHRLAND.—¡Vaya!…

HILMAR.—¡Perdone usted, señor coadjutor!…

SEÑORA BERNICK.—¡Tan tranquilo y tan pacífico como estaba esto!…

HILMAR.—¡Oh, yo, por mi parte, no me parecería mal que se tirasen de los pelos a causa del ferrocarril! Al menos, así se tendría alguna distracción.

ROHRLAND.—Creo que podemos muy bien pasarnos sin distracciones de esa clase.

HILMAR.—Según se esté organizado. Ciertas naturalezas exigen de tiempo en tiempo luchas emocionantes. Pero esto no puede ofrecerlo, desgraciadamente, la vida de una pequeña ciudad, y no a todos es dado… *(Hojeando el libro del coadjutor.)* «Capítulo noveno: La mujer como servidora de la sociedad.» ¿Qué fantasías son estas?

SEÑORA BERNICK.—No hables así, Hilmar. De seguro no has leído el libro.

HILMAR.—Felizmente, no.

SEÑORA BERNICK.—¡Vaya, hoy no estás bueno!

HILMAR.—No lo estoy, es verdad.

SEÑORA BERNICK.—¿No has dormido bien esta noche?

HILMAR.—No, he dormido muy mal. A causa de mi enfermedad, hice ayer tarde una pequeña escapada. Luego me fui al Casino y me leí la descripción de una expedición al Polo Norte. Hay algo tonificante en seguir a los hombres en su lucha con los elementos.

SEÑORA RUMMEL.—Pero no le sentó a usted bien, ¿verdad?

HILMAR.—Su sospecha de usted es cierta, señora Rummel. Pasé toda la noche en un sueño intranquilo y soñé que me perseguía una ballena horrible.

OLAF.—*(Que ha entrado por la escalera del jardín.)* ¿Una ballena te ha perseguido, tío?

HILMAR.—¡Fue un sueño, majadero! Pero ¿todavía andas jugando con ese arco ridículo? ¿Por qué no coges una escopeta de verdad?

OLAF.—A mí ya me gustaría; pero…

HILMAR.—Porque una escopeta…, eso tiene sentido. Hay siempre algo excitante en el disparar.

OLAF.—Y luego podría matar osos, tío. Pero papá no lo permite.

SEÑORA BERNICK.—No debes meterle esas cosas en la cabeza, Hilmar.

HILMAR.—¡Sí, sí; bonita generación la que ahora crece!… No hacen más que hablar de ejercicios y habilidades… Todo ello no es más que un juego ridículo. ¿Dónde encontrar aquel valor natural que mira varonilmente el peligro cara a cara?… ¡No me apuntes con el arco, torpe; podría disparársete!

OLAF.—¡Pero tío, si no tiene flechas!

HILMAR.—Eso no puedes saberlo; alguna vez podría tenerlas. ¡Quítalo, te digo! ¿Por qué no te has ido a América? Allí podrías ver una caza de búfalos o una lucha con los indios.

SEÑORA BERNICK.—¡Pero Hilmar!…

OLAF.—¡Oh, sí que quisiera hacerlo, tío! Y luego podría visitar a tío Juan y a tía Lona.

HILMAR.—¡Ejém!… ¡Tralaralá!

SEÑORA BERNICK.—Anda, vuélvete al jardín, Olaf.

OLAF.—Mamá, ¿me dejas ir a la calle?

SEÑORA BERNICK.—Sí; pero no mucho tiempo.

(Olaf corre hacia la puertecita del jardín.)

ROHRLAND.—No debía usted meterle en la cabeza esas cosas al chico, señor Tönnesen.

HILMAR.—Claro, el hijito tiene que quedarse con sus papás y ser un ratoncito casero, como otros muchos.

ROHRLAND.—Pero ¿y usted por qué no se va?

HILMAR.—¿Yo? ¿Con mi enfermedad?… Bueno, para eso no sirve mucho la estancia aquí. Pero, no obstante, se tienen ciertos deberes para con la sociedad en que se vive. Aquí tiene que haber, al menos, uno que enarbole la bandera espiritual… ¡Oh, cómo grita ese!

LAS SEÑORAS.—¿Quién grita?

HILMAR.—No lo sé. Es que allá adentro hablan un poco alto, y eso me pone nervioso.

SEÑORA RUMMEL.—Será seguramente mi marido. Como está tan acostumbrado a hablar en grandes asambleas…

ROHRLAND.—Pues los otros tampoco hablan muy bajo.

HILMAR.—Es natural; porque cuando se trata de defender la caja… Aquí todo se resuelve en cálculos materiales mezquinos. ¡Uf!…

SEÑORA BERNICK.—Al menos, es mejor que antes, cuando todo se resolvía en pérdidas.

SEÑORA LINGE.—¿De veras iban tan mal antes las cosas?

SEÑORA RUMMEL.—Puede usted creerlo, y puede estar satisfecha de no haber vivido aquí en aquel tiempo.

SEÑORA HOLT.—Sí, aquí han cambiado mucho las cosas. ¡Cuando pienso en mis tiempos de soltera!…

SEÑORA BERNICK.—Basta pensar en lo que ocurría hace catorce o quince años. ¡Dios mío, qué vida se hacía aquí!… Por aquel entonces teníamos dos Sociedades: la Sociedad de baile y la Sociedad musical.

MARTA.—Y la Sociedad dramática. De eso me acuerdo muy bien.

SEÑORA RUMMEL.—Sí, allí fue donde se representó la obra de usted, señor Tönnesen.

HILMAR.—*(Yéndose hacia el foro.)* ¡Bah!…

ROHRLAND.—¿Una obra del señor Tönnesen?

SEÑORA RUMMEL.—Sí; fue mucho tiempo antes de que viniera usted, señor coadjutor… Además, solo se representó una vez.

SEÑORA LINGE.—¿No era esa la obra en que me contaba usted que había representado la dama?

SEÑORA RUMMEL.—*(Mirando de través hacia el coadjutor.)* ¿Yo? De veras que no puedo acordarme. Pero de lo que me acuerdo muy bien es de que había una vida social muy animada.

SEÑORA HOLT.—En algunas casas se daban hasta dos grandes fiestas por semana.

SEÑORA LINGE.—Y también creo que estuvo aquí una Compañía de teatro.

SEÑORA RUMMEL.—Sí, eso fue lo peor…

SEÑORA HOLT.—*(Intranquila.)* ¡Ejém!…

SEÑORA RUMMEL.—¿Cómicos? No, de eso no me acuerdo.

SEÑORA LINGE.—Sí, las gentes creo que hicieron muchas locuras. ¿Qué fue lo que ocurrió realmente?

SEÑORA RUMMEL.—¡Oh, en sustancia, no fue nada!

SEÑORA HOLT.—Querida Dina, dame la tela aquella…

SEÑORA BERNICK.—Dina, vete a la cocina y dile a la muchacha que traiga el café.

MARTA.—Voy contigo, Dina. *(Dina y ella se van por la última puerta de la izquierda.)*

SEÑORA BERNICK.—*(Levantándose.)* Dispensen ustedes un momento; será mejor que tomemos fuera el café. *(Se va por la escalera del jardín y pone una mesa. El coadjutor está de pie en la puerta y habla con ella. Hilmar está sentado fuera y fumando.)*

SEÑORA RUMMEL.—*(Bajo.)* ¡Cómo me ha asustado usted, señora Linge!

SEÑORA LINGE.—¿Yo?

SEÑORA HOLT.—Sí; pero usted fue la que empezó a hablar de ello, señora Rummel.

SEÑORA RUMMEL.—¿Yo? ¿Cómo puede usted decir eso, señora Holt? Yo no dije ni una palabra.

SEÑORA LINGE.—Pero ¿qué es?

SEÑORA RUMMEL.—¿Cómo pudo usted ponerse a hablar de…? Piense usted… ¿No vio usted que estaba aquí Dina?

SEÑORA LINGE.—¿Dina?… ¡Pero Dios mío, es ella la que…!

SEÑORA HOLT.—¿Y aquí en la casa? ¿No sabe usted que fue el hermano de la señora Bernick el que…?

SEÑORA LINGE.—¿Cómo? ¡Pero si yo no sé nada; si yo hace poco tiempo que…!

SEÑORA RUMMEL.—¿No ha oído usted decir que…? ¡Hum!… *(A su hija.)* ¿Puedes irte un poco al jardín, Hilda?

SEÑORA HOLT.—Tú también, Nettchen. Y sed buenas para con la pobre Dina.

(Hilda y Nettchen se van al jardín.)

SEÑORA LINGE.—Entonces, ¿qué es eso del hermano de la señora Bernick?

SEÑORA RUMMEL.—¿No sabe usted que fue él el que produjo el escándalo?

SEÑORA LINGE.—¿Hilmar Tönnesen un escándalo?

SEÑORA RUMMEL.—¡Señor, no! Hilmar es su primo. El hermano es el que…

SEÑORA HOLT.—El Tönnesen perdido…

SEÑORA RUMMEL.—Se llamaba Juan. Se fue a América.

SEÑORA HOLT.—Tuvo que irse a América, naturalmente.

SEÑORA LINGE.—¿De modo que ese dio un escándalo?…

SEÑORA RUMMEL.—Sí, fue un…, ¿cómo llamarlo?… Fue algo con la madre de Dina… ¡Oh, me acuerdo como si hubiera ocurrido ayer! Juan Tönnesen estaba entonces en la casa de la vieja señora Bernick. Ricardo Bernick acababa de llegar de París; todavía no era novio de su mujer.

SEÑORA LINGE.—Pero ¿el escándalo…?

SEÑORA RUMMEL.—Aquel invierno, sabe usted, hubo aquí una Compañía de teatro…

SEÑORA HOLT.—…y en esa Compañía había un actor, un tal Dorf, con su mujer. Todos los jóvenes estaban locos por ella.

SEÑORA RUMMEL.—Sí, Dios sabe cómo podían encontrarla guapa. Pero una noche Dorf vuelve tarde a casa…

SEÑORA HOLT.—…inesperadamente…

SEÑORA RUMMEL.—…y encuentra…; no, no puede contarse…

SEÑORA HOLT.—No encontró nada porque la puerta estaba cerrada por dentro.

SEÑORA RUMMEL.—Sí, eso es lo que se dijo; se encontró con la puerta cerrada, y, figúrese usted, el que estaba dentro tuvo que saltar por una ventana.

SEÑORA HOLT.—Por una ventana muy alta.

SEÑORA LINGE.—¿Y ese era el hermano de la señora Bernick?

SEÑORA RUMMEL.—El hermano de la señora Bernick.

SEÑORA LINGE.—¿Y entonces se fue a América?

SEÑORA HOLT.—Tuvo que irse a América.

SEÑORA RUMMEL.—Porque luego se descubrió algo que era casi tan malo; figúrese que había sacado dinero de la caja.

SEÑORA HOLT.—Pero eso no se sabe de cierto; puede ser que no fuesen más que falsos rumores.

SEÑORA RUMMEL.—¡Haga usted el favor! ¿No lo sabía toda la ciudad? ¿No estuvo casi a punto de hacer bancarrota la vieja señora Bernick? El mismo Rummel me lo ha contado. Pero Dios me libre de hablar demasiado.

SEÑORA HOLT.—Lo que es seguro es que la Dorf no recibió el dinero, porque esa…

SEÑORA LINGE.—¿Sí? ¿Qué pasó después entre los padres de Dina?

SEÑORA RUMMEL.—Pues Dorf abandonó mujer e hija y siguió su camino. Pero la… madama tuvo la osadía de quedarse aquí un año. En el teatro no podía aparecer, claro está; pero vivía de lavar y coser…

SEÑORA HOLT.—Y luego intentó dar lecciones de baile.

SEÑORA RUMMEL.—Eso no era posible, naturalmente. Porque ¿qué padres hubieran confiado sus hijos a una mujer semejante? Así que no duró mucho tiempo; la distinguida señora no estaba acostumbrada a trabajar; enfermó del pecho y murió.

SEÑORA LINGE.—Sí que fue un escándalo feo.

SEÑORA RUMMEL.—Ya puede usted figurarse que fue una píldora amarga para los Bernick. Esa es la mancha oscura en el sol de su dicha, como dijo mi marido en una ocasión. No hable usted de estas cosas aquí en la casa, señora Linge.

SEÑORA HOLT.—Y, ¡por Dios!, tampoco hable usted de su medio hermana.

SEÑORA LINGE.—¿Es verdad que la señora Bernick tiene una medio hermana?

SEÑORA RUMMEL.—La ha tenido…, afortunadamente; pues ahora se ha terminado el parentesco entre las dos. ¡Era una buena persona! Figúrese usted que traía los cabellos cortos y que cuando llovía andaba con botas de hombre.

SEÑORA HOLT.—Y cuando su hermano…, el perdido, se marchó a América y toda la ciudad estaba naturalmente indignada contra él, ¿sabe usted lo que hizo? ¡Se marchó tras él!

SEÑORA RUMMEL.—Sí, pero ¿y el escándalo que dio antes de marcharse, señora Holt?

SEÑORA HOLT.—¡Chist! No hable usted de eso.

SEÑORA LINGE.—¡Dios mío!, ¡también ella dio un escándalo!

SEÑORA RUMMEL.—Sí, oiga usted. Ricardo Bernick acababa de prometerse con Betty Tönnesen, y precisamente cuando va con ella del brazo a comunicárselo a su tía…

SEÑORA HOLT.—Los Tönnesen no tenían padres, ¿sabe usted?

SEÑORA RUMMEL.—…se levanta Lona Hessel y le da al elegante Ricardo Bernick una tremenda bofetada.

SEÑORA LINGE.—¡Pero se ha visto!…

SEÑORA HOLT.—Pues así fue.

SEÑORA RUMMEL.—Y luego empaquetó su baúl y se marchó a América.

SEÑORA LINGE.—¿Pero entonces lo pretendería también?

SEÑORA RUMMEL.—Claro que sí. Se imaginaba que se casaría con ella al volver de París…

SEÑORA HOLT.—¡Una presunción semejante! Bernick, el hombre de mundo, el caballero perfecto, el favorito de todas las mujeres…

SEÑORA RUMMEL.—…y al mismo tiempo tan decente, señora Holt, y tan moral.

SEÑORA LINGE.—¿Y qué ha hecho en América esa Lona Hessel?

SEÑORA RUMMEL.—¿Sabe usted? Sobre eso flota un velo, como dijo en una ocasión mi marido, que difícilmente podrá descubrirse.

SEÑORA LINGE.—¿Cómo?

SEÑORA RUMMEL.—No está en relación con la familia, pero toda la ciudad sabe que ha cantado por dinero en locales públicos…

SEÑORA HOLT.—…que ha dado conferencias…

SEÑORA RUMMEL.—…y que ha publicado un libro completamente laico.

SEÑORA LINGE.—¡No es posible!

SEÑORA RUMMEL.—Sí, Lona Hessel es también una mancha en la dicha de los Bernick. Pero ahora ya lo sabe usted. Bien sabe Dios que solo he hablado de estas cosas para que tuviera cuidado.

SEÑORA LINGE.—¡Oh, no tenga usted miedo, yo sabré tener cuidado!… ¡Pero esa pobre Dina! Me da mucha lástima de ella.

SEÑORA RUMMEL.—Para ella ha sido una suerte que las cosas pasasen así. ¡Piense usted en lo que hubiese sido de ella si hubiera continuado en manos de sus padres! Nosotros la recogimos naturalmente y la amonestamos, y luego la señorita Bernick consiguió que se viniese aquí.

SEÑORA HOLT.—Pero siempre ha sido difícil de tratar. ¡Naturalmente, los malos ejemplos! Una chica de esas no es como nuestras hijas.

SEÑORA RUMMEL.—¡Chist! ¡Ahí viene! *(Alto.)* Sí, esta Dina es realmente una buena muchacha… ¿Estás ahí, Dina?

SEÑORA HOLT.—¡Oh, qué bien huele el café, querida Dina! ¡Una tacita así…!

SEÑORA BERNICK.—*(Desde la escalera del jardín.)* Tengan ustedes la bondad, señoras. *(La señorita Bernick y Dina entretanto han ayudado a colocar el servicio de café. Las señoras se sientan y hablan con Dina con extremada amabilidad. Poco después viene al salón y busca su labor.)*

SEÑORA BERNICK.—*(Desde afuera.)* Dina, ¿no quieres también…?

DINA.—No, muchas gracias. *(Se sienta a coser. La señora Bernick y el coadjutor cambian unas palabras; un momento después el coadjutor viene al salón.)*

ROHRLAND.—*(Hace como que hace algo cerca de la mesa y dice a media voz.)* Dina.

DINA.—¿Qué?

ROHRLAND.—¿Por qué no quiere usted sentarse allí afuera?

DINA.—Cuando entré con el café noté en la señora forastera que habían estado hablando de mí.

ROHRLAND.—¿Y no vio también qué amable estaba con usted?

DINA.—Pero por eso no paso.

ROHRLAND.—¡Qué testaruda es usted, Dina!

DINA.—Sí.

ROHRLAND.—Pero ¿por qué es usted así?

DINA.—Porque lo soy.

ROHRLAND.—¿No podía usted tratar de ser de otra manera?

DINA.—No.

ROHRLAND.—¿Por qué no?

DINA.—*(Mirándole.)* Porque yo soy de las pervertidas.

ROHRLAND.—¡Avergüéncese usted, Dina!

DINA.—También mi madre era de las pervertidas.

ROHRLAND.—¿Quién le ha hablado a usted de esas cosas?

DINA.—Nadie. Si no hablan conmigo. ¿Por qué no? Todos me tratan con tanto cuidado, como si fuera a romperme, sí. ¡Oh, cómo odio toda esta bondad!

ROHRLAND.—Querida Dina, comprendo muy bien que usted esté algo violenta, pero…

DINA.—¡Ojalá pudiera irme muy lejos! Yo sabría arreglarme por el mundo…, con tal de que no viviera entre gentes tan… tan…

ROHRLAND.—¿Tan qué?

DINA.—Tan decentes y tan morales.

ROHRLAND.—Pero ¿qué quiere usted decir, Dina?

DINA.—¡Oh!, entienda usted muy bien lo que quiero decir. Todos los días vienen aquí Hilda Rummel y Nettchen Holt para que yo tenga en ellas

un modelo. Pero tan bien educada como esas no puedo serlo. ¡Ni quiero tampoco! ¡Oh, si estuviera bien lejos!… ¡Entonces sí que sería buena!

ROHRLAND.—Pero si ya es usted buena, querida Dina.

DINA.—¿De qué me sirve aquí?

ROHRLAND.—¿De modo que marcharse? ¿De veras piensa usted eso en serio?

DINA.—No seguiría aquí ni un día si no fuera por usted.

ROHRLAND.—Dígame usted, Dina, ¿por qué le gusta a usted tanto estar conmigo?

DINA.—Porque me enseña usted tanta hermosura…

ROHRLAND.—¿Hermosura? ¿Dice usted que lo que yo la enseño es hermoso?

DINA.—Sí. O mejor dicho… No es que usted me enseñe nada; pero cuando le oigo hablar siento como si me envolviese tanta hermosura…

ROHRLAND.—¿Qué entiende usted propiamente por hermosura?

DINA.—No he pensado sobre ello.

ROHRLAND.—Pues piense usted ahora. ¿Qué entiende usted por hermosura?

DINA.—Hermosura es… algo grande…, ¡y muy lejos de aquí!

ROHRLAND.—Querida Dina, me preocupa usted sinceramente.

DINA.—¿Nada más que eso?

ROHRLAND.—Ya sabe usted el infinito cariño que la profeso.

DINA.—Si yo fuese Hilda o Netty no tendría usted tanto miedo de que alguien pudiera notarlo.

ROHRLAND.—Dina, ¿cómo puede usted pensar así de las mil consideraciones…? Cuando se tiene la misión de ser el sostén moral de la sociedad en que se vive… Si estuviera seguro de que no se me atribuirían falsos motivos… Pero, de todos modos, hay que ayudarla a usted, y se la ayudará. Dina, cuando yo diga…, cuando las circunstancias me permitan decir aquí

está mi mano…, entonces ¿aceptará usted y será usted mi mujer? ¿Me lo promete usted, Dina?

DINA.—Sí.

ROHRLAND.—¡Gracias! ¡Gracias! Porque también yo… ¡Oh, Dina, la quiero a usted tanto!… ¡Chist! Alguien viene. Dina, váyase usted con las otras; hágalo por mí.

(Dina sale. En el mismo momento entran Rummel, Altstedt y Wiegeland del cuarto de la izquierda primer término, seguidos de Bernick, que trae un paquete de papeles en la mano.)

BERNICK.—De modo que la cosa está decidida.

WIEGELAND.—Que sea lo que Dios quiera.

RUMMEL.—¡Decidido, Bernick! ¡Un hombre no tiene más que una palabra!

BERNICK.—Y nadie retrocederá, sean las que sean las resistencias con que tropecemos.

RUMMEL.—Si caemos, caeremos juntos, Bernick.

HILMAR.—*(Que ha entrado por la puerta del jardín.)* ¿Caer? Perdón, ¿no es el ferrocarril el que cae?

BERNICK.—Al contrario, ahora se pondrá en marcha.

RUMMEL.—Y al vapor, Tönnesen.

HILMAR.—*(Acercándose.)* ¿Sí?

ROHRLAND.—¡Cómo!, ¿el ferrocarril?

SEÑORA BERNICK.—Querido Ricardo, ¿qué pasa?…

BERNICK.—Amiga mía, esto no puede interesarte. *(A los tres señores.)* Pero ahora tenemos que llenar las listas, cuanto antes mejor. Naturalmente, nosotros cuatro los primeros. Nuestra posición social nos impone el deber de colaborar en lo posible…

ALTSTEDT.—Naturalmente, señor cónsul.

RUMMEL.—¡Marchará bien, Bernick!

BERNICK.—¡Oh, en cuanto al éxito, no tengo miedo! Tenemos que trabajar por la cosa cada uno entre sus conocidos, y si podemos contar con una participación eficaz de todas las clases sociales, el Ayuntamiento también contribuirá.

SEÑORA BERNICK.—Pero Ricardo, ven fuera y cuéntanos…

BERNICK.—Querida Betty, estas cosas no son para señoras.

HILMAR.—¿De manera que quieres realmente encargarte de esa historia del ferrocarril?

BERNICK.—Naturalmente.

ROHRLAND.—Pero el año pasado, señor cónsul…

BERNICK.—El año pasado era otra cosa. Entonces se trataba de la línea de la costa…

WIEGELAND.—Que hubiese sido completamente superflua, porque ya tenemos barcos…

ALTSTEDT.—Y que nos hubiese costado una enormidad de dinero.

RUMMEL.—Sí, y que hubiese dañado intereses importantes de la ciudad.

BERNICK.—Lo decisivo era que no hubiera favorecido a los intereses generales. Por eso me opuse, y de aquí que se haya elegido la línea interior.

HILMAR.—Pero esa línea no toca los pueblos de nuestra comarca.

BERNICK.—Tocará nuestra ciudad, querido, porque vamos a construir un ramal.

HILMAR.—¿De modo que un nuevo proyecto?…

RUMMEL.—Y magnífico, por cierto.

ROHRLAND.—¡Hum!…

WIEGELAND.—No puede negarse que el terreno para el ramal es como si hubiese sido dispuesto por la Providencia.

ROHRLAND.—¿De veras lo cree usted así, señor Wiegeland?

BERNICK.—Sí, yo también considero como una disposición de lo Alto el que este invierno, haciendo un viaje de negocios por la comarca, haya llegado casualmente a un valle que no había visto hasta entonces. Inmediatamente, como un relámpago, se me presentó el pensamiento: «Por aquí puede ir un ramal». Busqué un ingeniero que estudiase la comarca, y aquí tengo el proyecto y los cálculos provisionales. No hay dificultad ninguna.

SEÑORA BERNICK.—*(En pie, con las otras señoras, a la puerta del jardín.)* ¡Pero querido Ricardo, que hayas tenido eso secreto!…

BERNICK.—Las razones propiamente tales no hubierais podido comprenderlas, mi buena Betty. Además, hasta hoy no he hablado de ello con ninguna alma viviente. Pero ahora ha llegado el momento decisivo, hay que obrar abiertamente y con toda energía.

ROHRLAND.—¿De veras se prometen ustedes tanto de esta empresa, señores?

BERNICK.—¡Ya lo creo! ¡Qué impulso no será para nuestra sociedad!… Piense usted en los grandes bosques que quedarán abiertos al tráfico; piense en las ricas minas que podrán ser puestas en explotación; piense en el río…, salto de agua tras salto de agua… ¡Qué industria no puede levantarse en la comarca!…

ROHRLAND.—¿Y no teme usted nada del contacto con un mundo corrompido?

BERNICK.—No, no se preocupe usted, señor coadjutor. Nuestra pequeña y trabajadora ciudad descansa, a Dios gracias, sobre una base moral sana; todos nosotros hemos colaborado en el drenaje, si puedo expresarme así, y en el porvenir hemos de seguir haciéndolo, cada cual a su modo. Usted, señor coadjutor, siga su actividad fecunda en la escuela y en la familia. Nosotros, los hombres del trabajo práctico, servimos a nuestra sociedad ampliando todo lo posible el círculo del bienestar. Y nuestras mujeres…, sí, acérquense ustedes, señoras…, nuestras mujeres, digo, nuestras mujeres y nuestras hijas… sigan ustedes trabajando al servicio de la beneficencia, y sean ustedes al mismo tiempo para los suyos una ayuda y un sostén, como Betty y Marta para mí y mi Olaf… *(Mirando a su alrededor.)* Pero ¿dónde está metido hoy Olaf?

SEÑORA BERNICK.—Ahora, en las vacaciones, no hay quien le retenga en casa…

BERNICK.—Entonces estará seguramente en el agua. Ya verás cómo esto acaba mal.

HILMAR.—¡Bah!… ¡Un jueguecito con las fuerzas naturales!…

SEÑORA RUMMEL.—¡Qué hermoso es el amor a la familia que tiene usted, Bernick!

BERNICK.—La familia es el núcleo de la sociedad. Un hogar íntimo, amigos fieles, un círculo reducido en que ningún elemento extraño arroja su sombra…

(Krapp viene por la derecha con cartas y periódicos.)

KRAPP.—El correo del extranjero, señor cónsul, y un telegrama de Nueva York.

BERNICK.—*(Cogiéndolo.)* ¡Ah!, de los armadores de la «Gacela».

RUMMEL.—¿Ha llegado el correo? Entonces tengo que despedirme.

WIEGELAND.—Yo también.

ALTSTEDT.—Adiós, señor cónsul.

BERNICK.—Adiós, señores. Y recuerden que esta tarde, a las cinco, tenemos conferencia.

LOS TRES.—Sí, sí; naturalmente… *(Salen por la derecha.)*

BERNICK.—*(Que ha leído el telegrama.)* ¡Esto sí que es americanismo puro! ¡Es indignante!…

SEÑORA BERNICK.—¡Dios mío!… ¿Qué pasa, Ricardo?

BERNICK.—Vea usted, Krapp; lea usted.

KRAPP.—*(Leyendo.)* «Haga usted el menor número posible de reparaciones. Eche usted a la mar la "Gacela" tan pronto esté a flote. Buen tiempo. En caso necesario, flota sobre la carga». La verdad es que…

BERNICK.—¡Flota sobre la carga!… Los señores saben perfectamente que el barco y la carga se hundirán como una piedra tan pronto como les ocurra algo…

ROHRLAND.—¡Ahí tiene usted lo que es esa gran sociedad tan ponderada!… ¡Ni siquiera respeto por la vida humana!…

BERNICK.—Tiene usted razón. Ni siquiera respeto de la vida humana cuando se puede obtener una ganancia. *(A Krapp.)* ¿Puede hacerse la «Gacela» a la mar en cuatro o cinco días?

KRAPP.—Sí; es decir, si el señor Wiegeland no tiene nada en contra de que durante ese tiempo se suspenda el trabajo en la «Palmera».

BERNICK.—No creo que lo permita. Bueno, haga usted el favor de leer el correo… Oiga usted, ¿no vio a Olaf abajo en el puerto?

KRAPP.—No, señor cónsul. *(Entra en la habitación primera de la izquierda.)*

BERNICK.—*(Releyendo el telegrama.)* Los señores no tienen escrúpulo alguno en exponer la vida de diez y ocho hombres…

HILMAR.—El oficio de los marineros es luchar contra los elementos. Debe ser emocionante verse sorprendido así sobre el abismo…

BERNICK.—¡Quisiera ver yo aquí al armador que hiciera una cosa semejante!… Ninguno, ni uno solo. *(Viendo a Olaf.)* ¡Gracias a Dios, no le ha pasado nada!

(Olaf viene corriendo, con una caña de pescar en la mano, de la calle y entra en el jardín.)

OLAF.—*(Todavía en el jardín.)* Tío Hilmar, estuve abajo y he visto el vapor.

BERNICK.—¿Has estado otra vez en el puerto?

OLAF.—No; estuve en una lancha. Pero figúrate, tío, ha bajado una compañía de circo, con caballos y animales salvajes. ¡Y cuántos pasajeros!…

SEÑORA RUMMEL.—¡Dios mío, vamos a tener circo!…

ROHRLAND.—¿Nosotros? No pienso en ello.

SEÑORA RUMMEL.—No; nosotros, claro está que no; pero…

DINA.—Yo quisiera ver una vez a uno de esos jinetes.

OLAF.—Yo también.

HILMAR.—¡Eres un majadero! ¿Vale la pena de verse una cosa semejante? ¡Con animales domesticados!… Otra cosa es ver a un gaucho cazando en las pampas, montado en su potro espumeante… Pero aquí, en este rincón…

OLAF.—*(A Marta.)* Tía Marta, mira, allí vienen.

SEÑORA HOLT.—Sí, allí están.

SEÑORA LINGE.—¡Uf, qué gentes más feas!

(Por la calle sube una multitud de pasajeros y gentes de la ciudad.)

SEÑORA RUMMEL.—Sí, parecen de los de buena clase. Vea usted la del vestido gris, señora Holt; trae a la espalda la mochila.

SEÑORA HOLT.—Es verdad. Esa es seguramente la mujer del director.

SEÑORA RUMMEL.—Y el de la barba es el director. ¡Uf, parece un bandido! ¡No mires, Hilda!

SEÑORA HOLT.—¡Tú tampoco, hija mía!

OLAF.—Mamá, mira: el director nos ha saludado.

BERNICK.—¿Qué hace?

SEÑORA BERNICK.—¿Qué dices, chico?

SEÑORA RUMMEL.—Es verdad; ahora saluda también la mujer…

BERNICK.—¡Pero eso es un atrevimiento increíble!…

MARTA.—*(Dando un grito involuntario.)* ¡Ah!…

SEÑORA BERNICK.—¿Qué tienes, Marta?

MARTA.—¡Oh, nada, nada!… Creía que…

OLAF.—*(Gritando alegremente.)* ¡Mira, mira, ahí vienen los otros con los caballos y las bestias salvajes! ¡Y los americanos también! ¡Y todos los marineros de la «Gacela»!

(Se oye el «Yankee Doodle», con acompañamiento de tambor y clarinete.)

HILMAR.—*(Tapándose los oídos.)* ¡Ay, ay!…

ROHRLAND.—Me parece, señoras, que debemos aislarnos un poco; esto no es para nosotros. Volvamos a nuestro trabajo.

SEÑORA BERNICK.—¿Quiere usted que bajemos los visillos?

ROHRLAND.—Sí, eso quería decir.

(Las señoras ocupan sus puestos en la mesa. El coadjutor cierra la puerta del jardín, echa el cortinón y baja los visillos de las ventanas. Se produce una luz velada en el salón.)

OLAF.—*(Mirando por detrás de los visillos.)* Mamá, la mujer del director se está lavando la cara en la fuente.

SEÑORA BERNICK.—¿Cómo? ¿En medio de la plaza?

SEÑORA RUMMEL.—Y en día claro.

HILMAR.—Si yo me encontrase en un viaje a través del desierto y divisase una cisterna, tampoco tendría escrúpulo en… ¡Uf, qué horrible clarinete!…

ROHRLAND.—Realmente hay motivo para que interviniese la Policía.

BERNICK.—No; con extranjeros no deben tomarse las cosas tan por lo serio. Esas gentes no tienen el sentido innato de las conveniencias que a nosotros nos mantiene en el límite justo. Que hagan lo que quieran. ¿Qué nos importa a nosotros? Todo ese desorden, que va contra la moral y las buenas costumbres, no tiene parentesco alguno con nuestra sociedad, si puedo expresarme así. Pero ¿qué es eso?…

(La mujer forastera entra rápidamente por la puerta de la derecha.)

LAS MUJERES.—*(Asustadas, pero a media voz.)* ¡La amazona!… ¡La mujer del director!…

SEÑORA BERNICK.—¡Dios mío!, ¿qué quiere decir esto?…

MARTA.—*(Dando un salto.)* ¡Ah!…

LA MUJER.—¡Buenos días, querida Betty! ¡Buenos días, Marta! ¡Buenos días, cuñado!

SEÑORA BERNICK.—*(Dando un grito.)* ¡Lona!…

BERNICK.—*(Retrocediendo un paso.)* ¡Por mi vida que…!

SEÑORA HOLT.—¡Dios mío!…

SEÑORA RUMMEL.—¡Es posible!…

HILMAR.—¡Oh, oh!…

SEÑORA BERNICK.—¡Lona!… ¿Eres tú realmente?…

LONA.—¿Que si soy yo? Claro que lo soy. Podéis abrazarme sin miedo.

HILMAR.—¡Oh, oh!…

SEÑORA BERNICK.—¿Y vienes aquí?…

BERNICK.—¿Y quieres presentarte en público de veras…?

LONA.—¿En público? ¿Cómo presentarme en público?

BERNICK.—Sí, vamos, con esos del circo.

LONA.—¡Ja, ja! ¿Estás loco, cuñado? ¿Crees que soy de los del circo? No; es verdad que he ejercitado varias habilidades y que me he puesto en ridículo de varias maneras…

SEÑORA RUMMEL.—¡Hum!…

LONA.—…pero con caballos no he trabajado todavía.

BERNICK.—Vamos, de modo que no…

SEÑORA BERNICK.—¡Ah, gracias a Dios!

LONA.—No, nosotros hemos venido como todo el mundo.

SEÑORA BERNICK.—¿Nosotros, dices?

BERNICK.—*(Acercándose un paso.)* ¿Qué nosotros?

LONA.—Naturalmente, yo y el chico.

LAS SEÑORAS.—¡El chico!

HILMAR.—¿Cómo?

ROHRLAND.—¡La verdad es que…!

SEÑORA BERNICK.—¿Pero qué chico es ese, Lona?

LONA.—John, naturalmente; no tengo más chico que John…, o Juan, como vosotros le llamáis.

SEÑORA BERNICK.—¡Juan…!

SEÑORA RUMMEL.—*(Bajo, a la señora Linge.)* El hermano de la aventura aquella.

BERNICK.—*(Vacilando.)* ¿Ha venido también Juan?

LONA.—Claro, claro; sin él no hubiera venido yo. ¡Pero ponéis unas caras tan lamentables! Y estáis aquí a media luz y coséis esos trapos blancos. ¿No se habrá muerto nadie en la familia?

ROHRLAND.—Señorita, está usted en la Asociación para los corrompidos moralmente…

LONA.—*(A media voz.)* ¿Qué dice usted? ¿Es posible que estas señoras tan finas…?

SEÑORA RUMMEL.—¡Oh, eso es!…

LONA.—¡Ah, ya comprendo, ya comprendo! ¡Pero esta es la señora Rummel! ¡Y aquella la señora Holt! Vaya, vaya; nosotras tres no somos más jóvenes que cuando nos vimos por última vez. Pero escuchad, amigas; dejad en paz por un día a vuestras corrompidas; por eso no han de hacerse peores. Un momento tan alegre como este…

ROHRLAND.—La vuelta no es siempre un momento alegre.

LONA.—¿Que no? ¿Entonces cómo entiende usted su Biblia, señor pastor?

ROHRLAND.—Yo no soy pastor.

LONA.—Bueno, pero de seguro llegará usted a serlo. Pero, ¡uf!, esta ropa interior moral huele tan mal…, y yo que estoy acostumbrada al aire libre de las praderas…

BERNICK.—*(Secándose la frente.)* Sí, está un poco pesado el aire.

LONA.—Espera, espera, hay que salir de esta sepultura. *(Sube los visillos.)* Cuando llegue el chico tiene que haber aquí luz clara de día. Ya, ya veréis qué mozo se ha hecho…

HILMAR.—¡Oh, oh!…

LONA.—*(Abriendo la puerta y la ventana.)* …es decir, después que se haya lavado en el hotel, pues en el vapor estaba negro como un carbonero.

HILMAR.—¡Oh, oh!…

LONA.—¿Oh, oh? Pero, calla…, ¿no es…? *(Señalando a Hilmar y preguntando a los otros.)* ¿Sigue vagabundeando por aquí y diciendo «¡oh, oh!»?

HILMAR.—Yo no vagabundeo; me encuentro aquí a causa de mi enfermedad.

ROHRLAND.—Señoras mías, no creo…

LONA.—*(Que ha visto a Olaf.)* ¿Es el tuyo, Betty? ¡Dame la mano, pequeño! ¿O tienes miedo de tu tía, vieja y fea?

ROHRLAND.—*(Poniendo su libro bajo el brazo.)* ¡Señoras mías, no creo que las circunstancias sean a propósito para seguir trabajando! Pero mañana volveremos a reunirnos.

LONA.—*(Mientras las señoras se levantan para marcharse.)* Sí, nos reuniremos mañana. Yo estaré en mi puesto.

ROHRLAND.—¿Usted? Perdone usted, señorita, ¿qué quiere usted en nuestra Asociación?

LONA.—¡Airearla, señor pastor!

Acto segundo

La misma sala del acto anterior. La señora Bernick está sentada sola a la mesa con su labor. Poco después entra, por la derecha, el cónsul Bernick, con bastón y guantes y con el sombrero puesto.

SEÑORA BERNICK.—¿Ya de vuelta a casa, Ricardo?

BERNICK.—Sí, tengo citado aquí a alguien.

SEÑORA BERNICK.—*(Suspirando.)* ¡Ah, sí! Juan volverá hoy.

BERNICK.—Claro. *(Poniendo el sombrero sobre una mesa.)* ¿Dónde están hoy las señoras?

SEÑORA BERNICK.—La señora Rummel e Hilda no tenían tiempo.

BERNICK.—¿Sí? ¿Mandaron a decir que no vendrían?

SEÑORA BERNICK.—Sí, tenían mucho que hacer en casa.

BERNICK.—Claro. ¿Y las demás tampoco vendrán, naturalmente?

SEÑORA BERNICK.—No. Tampoco pueden.

BERNICK.—Eso ya podíamos habérnoslos figurado. ¿Dónde está Olaf?

SEÑORA BERNICK.—Le dije que saliera un poco con Dina.

BERNICK.—¿Dina…? ¿Esa muchacha tan ligera…? ¿Cómo pudo estar ayer tan amable con Juan?

SEÑORA BERNICK.—Pero, querido Ricardo, si Dina no sabe…

BERNICK.—Entonces Juan hubiera debido tener tacto suficiente para no consagrarle sus atenciones. ¡Si hubieses visto qué ojos ponía Wiegeland!

SEÑORA BERNICK.—*(Poniendo la labor sobre el regazo.)* Ricardo, ¿qué crees que pueden querer esos aquí?

BERNICK.—No sé; él debe tener una finca allí que no debe de andar muy bien, y ella aludía ayer a que no habían podido viajar en primera clase…

SEÑORA BERNICK.—Sí, debe ser algo de eso. Pero que ella haya venido también… ¡Ella!… ¡Después de aquella ofensa sangrienta que te hizo!

BERNICK.—¡Bah, no pienses más en esas historias antiguas!

SEÑORA BERNICK.—¿Cómo puedo pensar en otra cosa? Él es mi hermano…, no por él…, por todas las incomodidades que eso te produciría… Ricardo, tengo miedo.

BERNICK.—¿Por qué?

SEÑORA BERNICK.—¿No podría ocurrir que le prendiesen a causa del dinero que le quitó a su madre?

BERNICK.—¡Eso son tonterías! ¿Quién puede probar que desapareció dinero?

SEÑORA BERNICK.—Pero, ¡Dios mío!, si eso lo sabe, por desgracia, toda la ciudad, y tú mismo has dicho…

BERNICK.—Yo no he dicho nada. ¡Qué sabe la ciudad de tales cosas! No eran más que rumores sin fundamento.

SEÑORA BERNICK.—¡Oh, qué generoso eres, Ricardo!

BERNICK.—¡Te digo que me dejes en paz con esos recuerdos! No sabes hasta qué punto me atormentas renovándolos. *(Pasea arriba y abajo; luego deja el bastón.)* ¡Que hayan venido precisamente ahora que necesito un ambiente absolutamente limpio, así en la ciudad como en la Prensa! Los periódicos de las ciudades vecinas publicarán correspondencias de aquí. Recíbalos bien o mal, de todos modos darán vueltas a la cosa. Se removerán todas las historias antiguas…, lo mismo que tú lo haces. En una sociedad como la nuestra… *(Tira los guantes sobre la mesa.)* Y no tengo a nadie con quien charlar y que pudiera servirme de apoyo.

SEÑORA BERNICK.—¿A nadie, Ricardo?

BERNICK.—No. ¿A quién, por ejemplo? ¡Que vengan precisamente ahora!… No hay duda de que, de un modo o de otro, promoverán escándalo…, sobre todo ella. ¿No es una desgracia tener en su familia personas semejantes?

SEÑORA BERNICK.—Yo no tengo la culpa de que…

BERNICK.—¿De qué no tienes la culpa? ¿De estar emparentada con ellos?… Es verdad. De eso no tienes la culpa.

SEÑORA BERNICK.—Y tampoco les he pedido que volviesen.

BERNICK.—¿Lo ves? Ya salió. «Yo no les he pedido que volviesen, yo no les he escrito, yo no les he traído.» Me sé de memoria la letanía.

SEÑORA BERNICK.—*(Rompiendo a llorar.)* Pero ¿por qué eres tan duro conmigo?

BERNICK.—Así está bien; llora para que pueda hablar de ello toda la ciudad. Déjate de chiquilladas, Betty. Vete a sentarte afuera; aquí podría venir alguien. ¿Quieres que vean a la mujer del cónsul Bernick con los ojos rojos de llorar? Sería magnífico que la gente supiese que… Ahí viene alguien. *(Llaman a la puerta.)* Adelante. *(La señora Bernick se va con su labor por la escalera del jardín. Auler entra por la derecha.)*

AULER.—Buenos días, señor cónsul.

BERNICK.—Buenos días. Supongo que habrá usted adivinado por qué le mandé venir.

AULER.—El apoderado me dijo ayer que usted quedaría descontento si…

BERNICK.—De todo en el astillero estoy descontento, Auler. El trabajo no marcha. La «Palmera» ya debía estar despachada hace mucho tiempo. Wiegeland no me deja un momento en paz. Es un socio muy pesado.

AULER.—La «Palmera» podrá hacerse a la mar pasado mañana.

BERNICK.—¡Por fin! Pero el americano, la «Gacela», que lleva aquí cinco semanas; y…

AULER.—¿El americano? Yo entendí como si hubiéramos de aplicarnos primeramente con todas nuestras fuerzas a nuestro propio barco.

BERNICK.—No le he dado a usted ningún motivo para creer eso. También el americano debía repararse lo antes posible; pero no se hace.

AULER.—El suelo del barco está completamente podrido, señor cónsul; cuanto más arreglamos, peor.

BERNICK.—No es esa la razón. Krapp me ha dicho cuál es. Usted no sabe trabajar con las nuevas máquinas compradas por mí, o mejor dicho, no quiere usted trabajar con ellas.

AULER.—Señor cónsul, yo tengo ya bastante más de cincuenta años; desde mi primera juventud estoy acostumbrado a trabajar con los métodos antiguos…

BERNICK.—Hoy día no nos sirven para nada. No crea usted que es por la ganancia, porque, a Dios gracias, puedo pasarme sin ella; pero debo consideraciones a la sociedad en que vivo y al establecimiento a cuyo frente estoy. De mí tiene que partir el progreso, o todo seguirá como antes.

AULER.—Yo quiero también el progreso, señor cónsul.

BERNICK.—Sí, para su círculo limitado, para la clase obrera. Ya, ya estoy informado de su agitación. Pronuncia usted discursos, revuelve usted, rebela a la gente; pero en cuanto se trata de un progreso inmediato, como ahora con nuestras máquinas, no quiere usted colaborar, le entra a usted miedo.

AULER.—Sí, me entra de veras miedo, señor cónsul; me entra miedo por los muchos obreros a quienes las máquinas quitan el pan. Usted habla a menudo, señor cónsul, de que hay que guardar consideraciones a la sociedad; pero yo creo que también la sociedad tiene sus deberes. ¿Cómo podrían imponer sus invenciones los sabios y el capital antes de que la sociedad haya creado la generación que pueda usarlas?

BERNICK.—Usted lee y cavila demasiado, Auler; eso no le hace bien; eso le hace a usted descontento con su posición.

AULER.—Eso no, señor cónsul; pero no puedo ver tranquilamente que a causa de esas máquinas se despiden y quedan sin pan un trabajador tras otro.

BERNICK.—Cuando se inventó la imprenta, también quedarían sin pan algunos copistas.

AULER.—¿Se alegraría usted de ello si hubiese sido copista?

BERNICK.—No le he mandado a llamar para disputar con usted. Le he hecho venir para decirle que la «Gacela» tiene que hacerse a la mar pasado mañana.

AULER.—Pero señor cónsul…

BERNICK.—¿Lo ha oído usted? Pasado mañana. Al mismo tiempo que nuestro barco; ni una hora más tarde. Tengo mis razones para apresurarlo. ¿Ha leído usted el periódico esta mañana? Entonces sabrá usted que los americanos han vuelto a hacer locuras. Esa canalla lo desconcierta todo en la ciudad; no pasa una noche sin que haya pendencias en las tabernas y en las calles…, para no hablar de otras cosas peores.

AULER.—Sí, es mala gente.

BERNICK.—¿Y a quién se hace responsable de estos escándalos? A mí. Sí, a mí me lo hacen pagar. Los periódicos me atacan porque dedico a la «Palmera» todas las fuerzas. Yo, que he de obrar sobre mis convecinos por el poder del ejemplo, tengo que soportar que me echen en cara semejantes cosas. Eso no lo consiento. No puedo tolerar que se manche de tal modo mi nombre.

AULER.—El nombre de usted, señor cónsul, es tan bueno, que puede soportar eso y mucho más.

BERNICK.—En estos momentos, no; precisamente ahora necesito de toda la estimación y simpatía de mis convecinos. Tengo planeada una gran empresa, como ya habrá oído usted; y si gentes de mala voluntad logran hacer vacilar la ilimitada confianza de que goza mi persona, pueden presentárseme las mayores dificultades. Por eso quiero acabar con esos artículos calumniosos y malignos, y por eso he fijado el plazo para pasado mañana.

AULER.—Señor cónsul, era lo mismo que lo hubiera usted fijado para esta tarde.

BERNICK.—¿Quiere usted decir que pido imposibles?

AULER.—Sí… Con el número de obreros que ahora tenemos…

BERNICK.—Bien, bien; entonces habrá que probar por otro lado.

AULER.—¿De veras quiere usted despedir más de los antiguos obreros?

BERNICK.—No pienso en eso.

AULER.—Porque creo que si usted lo hiciese, produciría mal efecto, así en la ciudad como en los periódicos.

BERNICK.—Es posible; por eso es mejor dejarlo. Pero si la «Gacela» no está lista pasado mañana, le despido a usted.

AULER.—*(Retrocediendo.)* ¿A mí? *(Sonriendo.)* ¡Eso será una broma, señor cónsul!

BERNICK.—No lo crea usted.

AULER.—¿De veras puede usted pensar en despedirme? A mí, cuyo padre y abuelo han trabajado toda su vida en el astillero…

BERNICK.—¿Quién me obliga a ello?

AULER.—Pide usted imposibles, señor cónsul.

BERNICK.—Para una buena voluntad no hay imposibles. ¿Sí o no? Deme usted una contestación categórica, o le despido inmediatamente.

AULER.—*(Acercándose un paso.)* Señor cónsul, ¿ha pensado usted en lo que es despedir a un antiguo obrero? ¿Cree usted que no hay más que buscar otro trabajo? Sí, eso puede hacerlo. Pero ¿queda resuelta la cosa con eso? Debía estar usted en la casa de un obrero despedido en la noche en que vuelve a casa y deja sus herramientas detrás de la puerta.

BERNICK.—¿Cree usted que le despido con gusto? ¿No he sido siempre un patrono humano y equitativo?

AULER.—Tanto peor, señor cónsul. Precisamente por eso no le echarán los míos la culpa a usted. No me lo dirán, no tendrán corazón para decirlo; pero cuando yo no los vea me mirarán preguntando y pensarán para sí: «Se lo habrá merecido.» Vea usted, eso no puedo soportarlo. Por pequeño que un hombre, como yo, sea, estoy acostumbrado a considerarme como la cabeza de mi familia. Mi hogar modesto es también una pequeña sociedad. Y esa pequeña sociedad tan solo he podido sostenerla y conservarla porque mi mujer y mis hijos creían en mí… ¿Y ahora va a venirse abajo todo ello?…

BERNICK.—Sí, sí, no hay otro remedio; lo más pequeño tiene que caer por lo mayor; el individuo debe sacrificarse a la generalidad. Pero usted es obstinado, Auler. Se me opone usted, no porque no pueda usted hacer otra cosa, sino porque no quiere que se pruebe la superioridad de las máquinas sobre el trabajo manual.

AULER.—Y usted solo lo hace porque sabe que si me echa, la Prensa reconocerá, al menos, su buena voluntad.

BERNICK.—¿Y si fuera así?… Ya oye usted de qué se trata: o tener la Prensa contra mí, o disponerla favorablemente en el momento en que, en interés general, trabajo en una grande empresa. Haga usted el favor de decirme: ¿puedo obrar de otra manera? Le aseguro a usted que el dilema es: o conservar, como usted dice, su hogar, o quizá matar cientos de nuevas viviendas, viviendas que no se levantarán nunca, que no tendrán nunca una chimenea humeante; si no, no consigo realizar la obra que ahora emprendo. Por eso le he puesto a usted a elegir.

AULER.—Si es así, no tengo nada más que decir.

BERNICK.—Pero…, mi querido Auler, me duele sinceramente que tengamos que separarnos.

AULER.—No nos separaremos, señor cónsul.

BERNICK.—¿Cómo?

AULER.—Un hombre sencillo tiene también algo que conservar aquí en el mundo.

BERNICK.—¡Claro, claro! ¿De modo que usted cree que puede prometer…?

AULER.—La «Gacela» podrá hacerse a la mar pasado mañana. *(Saluda y vase por la derecha.)*

BERNICK.—Por fin le he hecho doblegarse. Esta es una buena señal…

(Hilmar entra por la puerta del jardín, con el cigarro en la boca.)

HILMAR.—*(Desde la escalera.)* Buenos días, Betty. Buenos días, Bernick.

SEÑORA BERNICK.—Buenos días.

HILMAR.—Ya veo que has llorado. ¿De modo que ya lo sabes?…

SEÑORA BERNICK.—¿Qué es lo que voy a saber?

HILMAR.—Que el escándalo está en marcha. ¡Oh, oh!…

BERNICK.—¿Qué dices?

HILMAR.—*(Entrando.)* Los dos americanos pasean por la ciudad y se exhiben en compañía de Dina.

SEÑORA BERNICK.—Pero ¿es posible, Hilmar?

HILMAR.—Sí, desgraciadamente; la pura verdad. Lona tuvo incluso el poco tacto de llamarme en la calle; pero yo hice como que no la oía.

SEÑORA BERNICK.—Y eso no habrá pasado inadvertido…

HILMAR.—Figúrate… Las gentes se paraban para verlos. Era como si la noticia se hubiese extendido por la ciudad por un rastro de fuego…, como en los incendios en las praderas. En todas las casas las gentes estaban asomadas a las ventanas, y esperaban a que pasasen; detrás de los visillos, cabezas apiñadas… ¡Oh, oh!… Perdóname, Betty, que diga tanto «¡oh, oh!»; pero estas cosas me atacan los nervios. Si esto continúa, me veré obligado a emprender un viaje largo.

SEÑORA BERNICK.—Pero debías haber hablado con él y hacerle ver…

HILMAR.—¿En la calle? No, eso no es para mí… Pero ¿cómo se atreve ese hombre a dejarse ver aquí en la ciudad? Bien; ya veremos si la Prensa no le dice… Perdóname, Betty, pero…

BERNICK.—¿Dices que la Prensa?… ¿Has oído algo de eso?

HILMAR.—Sí, anda en el ambiente. Al dejaros anoche, me fui hacia el Casino para cuidar mi enfermedad. En el silencio que se produjo cuando entré, noté que los americanos habían estado sobre el tapete. En esto entra el cínico de Hammer, el periodista, y me felicita en alta voz por la llegada de mi rico hermano.

BERNICK.—¿Rico?…

HILMAR.—Así dijo. Yo, naturalmente, le medí de arriba abajo con una mirada merecida, y le di a entender que no sabía nada de la riqueza de Juan Tönnesen. «Es extraño —dijo él—; en América suele hacerse algo cuando

se tiene para empezar, y su hermano de usted no se fue con las manos vacías.»

BERNICK.—¡Mira, hazme el favor…!

SEÑORA BERNICK.—*(Preocupada.)* Ya ves, Ricardo…

HILMAR.—Yo, por mi parte, he pasado una noche de insomnio. Y él, en cambio, se pasea por ahí como si nada fuera… ¿Por qué no se nos marchó por completo ese buen pariente? ¡Es increíble lo dura que tienen la vida algunos hombres!…

SEÑORA BERNICK.—¿Qué dices, Hilmar?

HILMAR.—No digo nada. Pero ha salido ileso de todas las catástrofes de ferrocarril y de todos los ataques de osos californianos y de los indios; ni siquiera le han cortado la cabellera… ¡Vaya, ahí los tenemos!

BERNICK.—*(Mirando a la calle.)* ¿Olaf también va con ellos?

HILMAR.—Naturalmente, tienen que recordar a las gentes que pertenecen a la primera familia de la ciudad… Ved, allí salen todos los vagos de la botica, y miran y hacen comentarios… ¡Esto no es para mis nervios! ¿Cómo es posible, en estas circunstancias, mantener en alto la bandera espiritual que…?

BERNICK.—Vienen aquí. Y ahora óyeme, Betty: es mi deseo que seas con ellos todo lo amable posible.

SEÑORA BERNICK.—¿Lo permites, Ricardo?…

BERNICK.—¡Claro, claro! Y tú también, Hilmar. Espero que no se quedarán aquí largo tiempo. Y cuando estén entre nosotros, nada de indirectas; no debemos ofenderles de ningún modo.

SEÑORA BERNICK.—¡Ricardo, qué generoso eres!

BERNICK.—¡Bueno, bueno; déjalo estar!

SEÑORA BERNICK.—No, déjame que te dé las gracias, y perdóname que antes no me haya dominado. Tenías todos los motivos para…

BERNICK.—Bien; está bien, te digo.

HILMAR.—¡Oh, oh!…

(Juan Tönnesen y Dina; luego, Lona Hessel y Olaf vienen por el jardín.)

LONA.—¡Buenos días, buenos días, amigos!

JUAN.—Hemos andado por la ciudad, Ricardo, y hemos recorrido todos los sitios conocidos.

BERNICK.—Sí, ya lo he oído. Hay algunas transformaciones, ¿verdad?

LONA.—Por todas partes grandes y hermosas obras del cónsul Bernick. Hemos estado también allá arriba, en el parque que has regalado a la ciudad.

BERNICK.—¿Allí también?

LONA.—«Regalo del cónsul Bernick», como está escrito a la entrada. ¡Oh, eres la primera persona de la ciudad!…

JUAN.—Y tienes magníficos barcos. Me encontré con el capitán de la «Palmera», mi antiguo compañero de escuela…

LONA.—Y también has construido una nueva escuela…

JUAN.—Y he oído decir que la ciudad tiene que agradecerte así la traída de aguas como el gas.

BERNICK.—Hay que hacer algo por la sociedad en que se vive.

LONA.—Eso es muy hermoso, cuñado; en cambio, es una alegría oír lo que la gente habla de ti. Creo que no soy vanidosa; pero no pude evitar recordarles a algunos de los que hablaron con nosotros que también pertenecemos a la familia.

HILMAR.—¡Oh, oh!…

LONA.—¿Otra vez «¡Oh, oh!»?

HILMAR.—No; dije ¡Ah, ah!

LONA.—Por lo demás, puedes decir lo que quieras, pobrecito. ¿Estaréis solos hoy, verdad?

SEÑORA BERNICK.—Sí, hoy estamos solos.

LONA.—Claro; en la plaza encontramos a algunas de esas morales, que hicieron como si tuvieran mucha prisa. Pero nosotros no hemos podido hablar todavía a nuestro gusto; ayer estaban aquí esas tres, y luego el pastor…

SEÑORA BERNICK.—Coadjutor.

LONA.—Bueno; yo digo pastor… ¿Y qué os parece de mi obra? ¿No está hecho un buen mozo? ¿Quién reconocería en él al que se marchó hace quince años?

HILMAR.—¡Ah!…

JUAN.—No ponderes tanto, Lona.

LONA.—¿Cómo? ¿No iba a estar orgullosa de ti? ¡Dios mío, tú eres lo único que he hecho en el mundo!

HILMAR.—¡Hecho!… ¡Oh, oh!…

LONA.—Sí, Juan; cuando pienso en los tiempos en que empezamos con nuestras cuatro manos vacías…

HILMAR.—¿Vacías? ¡Eso sí que…!

LONA.—¿Qué?…

BERNICK.—¡Hum!…

HILMAR.—¡Eso sí que…! ¡Oh, oh!… *(Se va por la escalera del jardín.)*

LONA.—¿Qué le pasa a ese hombre?

BERNICK.—Déjale; está algo nervioso. Pero ¿no quieres ver un poco el jardín? No has estado en él todavía, y yo tengo ahora precisamente una hora libre.

LONA.—Con mucho gusto. Podéis creerme, he estado muchas veces con el pensamiento con vosotros en el jardín.

SEÑORA BERNICK.—Ya verás; también el jardín ha cambiado mucho.

(El cónsul, su mujer y Lona bajan al jardín, donde se les ve de cuando en cuando durante lo que sigue.)

OLAF.—*(En la puerta del jardín.)* Tío Hilmar, ¿sabes lo que me preguntaba tío Juan? Me preguntaba si no quería ir con él a América.

HILMAR.—¿Tú, que estás todavía pegado a las faldas de tu madre?…

OLAF.—Sí; pero no quiero estarlo más. Ya verás cuando sea grande…

HILMAR.—¡Bah, bah! Tú no sientes el impulso serio hacia una de esas empresas emocionantes que… *(Bajan juntos al jardín.)*

JUAN.—*(A Dina, que se ha quitado el sombrero y está a la puerta derecha sacudiéndose el polvo de sus vestidos.)* ¿Se ha animado usted con este paseo?

DINA.—Sí, fue muy hermoso; nunca he hecho un paseo tan hermoso.

JUAN.—¿Es que no hace usted con frecuencia paseos por la mañana?

DINA.—Sí; pero solo con Olaf.

JUAN.—¡Ah!, sí… ¿Prefiere usted ir al jardín?

DINA.—No; prefiero quedarme aquí.

JUAN.—Yo también. ¿De modo que queda acordado que daremos todas las mañanas un paseo semejante?

DINA.—No, señor Tönnesen; vale más que no lo hagamos.

JUAN.—¿Por qué no? ¡Pero si me lo permitió usted!

DINA.—Sí…; pero… Después que lo he pensado…, no debe usted salir conmigo.

JUAN.—Pero ¿por qué no?

DINA.—Porque… usted es nuevo aquí. No puede usted comprenderlo; pero yo se lo voy a decir.

JUAN.—Diga usted.

DINA.—Vale más que no hable de ello.

JUAN.—Diga usted. Conmigo puede usted hablar sin cuidado de todo, sea lo que sea.

DINA.—Sí, se lo diré a usted. Yo no soy como las otras chicas; hay algo en mí… Por eso no debe usted hacerlo.

JUAN.—No entiendo una palabra de todo eso. Usted no ha hecho nada malo.

DINA.—Yo no; pero… no, no hablemos más de ello. Ya lo sabrá usted por otros.

JUAN.—¡Hum!…

DINA.—Ahora, que quisiera preguntarle a usted otra cosa.

JUAN.—¿Qué?

DINA.—¿Es verdad que es fácil hacer algo allá en América?

JUAN.—Fácil precisamente no siempre lo es; al principio hay que trabajar duramente.

DINA.—Precisamente eso me gustaría.

JUAN.—¿A usted?

DINA.—¡Oh!, sé trabajar; soy fuerte y sana, y tía Marta me ha enseñado muchas cosas.

JUAN.—Pues entonces véngase usted con nosotros.

DINA.—Eso lo dice usted en broma; también a Olaf se lo decía. Pero lo que yo querría saber es si los hombres allá abajo son muy… muy morales.

JUAN.—¿Morales?

DINA.—Sí; quiero decir si son tan decentes y tan honrados como aquí.

JUAN.—Por lo menos, no son tan malos como se cree aquí. Por eso no tiene usted que temer.

DINA.—No me entiende usted. Al contrario, yo quisiera que no fueran tan decentes y tan morales.

JUAN.—¿No? ¿Cómo tenían que ser?

DINA.—Quisiera que fuesen naturales.

JUAN.—Sí, eso sí que lo son.

DINA.—Entonces estaría bien que yo pudiera ir.

JUAN.—Claro que sí; y por eso véngase usted con nosotros.

DINA.—No, no con ustedes; yo quisiera ir sola. ¡Oh!, yo haría algo; ya me las arreglaría…

BERNICK.—*(Junto a la escalera del jardín con las dos señoras.)* Quédate, quédate; yo te lo traeré, querida Betty. Podías fácilmente acatarrarte.

(Entra en la estancia y coge el chal de su mujer.)

SEÑORA BERNICK.—*(Desde el jardín.)* Tú tienes que venir también, Juan; vamos a bajar a la gruta.

BERNICK.—No; Juan se queda aquí conmigo. Dina, lleva a mi mujer el chal y acompáñala. Juan se queda conmigo, querida. Quiero que me cuente algo de cómo van las cosas por allá.

SEÑORA BERNICK.—Bien, bien; pero ven enseguida. Ya sabes dónde estamos.

(La señora Bernick, Lona y Dina se van por la izquierda al jardín.)

BERNICK.—*(Las sigue un momento con la vista; y luego va hacia Juan, coge sus manos, se las estrecha y las sacude.)* Juan, por fin estamos solos; y ahora déjame darte las gracias.

JUAN.—¿De qué?

BERNICK.—¡Casa, hogar, dicha familiar, mi posición social, todo te lo debo a ti!

JUAN.—Me alegro mucho, Ricardo. ¿De modo que aquella aventura loca ha resultado bien?

BERNICK.—*(Estrechándole de nuevo las manos.)* ¡Gracias, gracias de corazón! Entre mil, ni uno hubiera hecho lo que tú hiciste por mí.

JUAN.—Tenía que ser así. Los dos éramos jóvenes y ligeros. Uno de los dos tenía que cargar con la culpa…

BERNICK.—Pero ¿no era el más indicado el culpable?

JUAN.—¡No! Entonces era el inocente el más indicado. Yo no tenía padres, era libre e independiente. En cambio, tú tenías a tu madre vieja, y luego acababas de prometerte en secreto con Betty, que estaba toda enamorada de ti. ¿Qué hubiese sido de ella si llega a saber…?

BERNICK.—Cierto, cierto; pero…

JUAN.—¿Y no fue por Betty por quien rompiste con la señora Dorf? Solo para terminar fuiste aquella noche…

BERNICK.—Sí, aquella noche desdichada en que el borracho volvió a casa… Es verdad que ocurrió por Betty; pero, sin embargo, el que tomases

tan generosamente sobre ti la cosa y te fueses…

JUAN.—¡Nada de escrúpulos, querido Ricardo! Convinimos entre los dos que había de ser así; era necesario que te salvaras… ¿Y no eras mi amigo? ¡Qué orgulloso estaba yo de tu amistad! Andaba yo por aquí aplastado bajo el peso de mi trabajo de oficina, y un día vuelves tú, fino y distinguido, de tu gran viaje al extranjero; habías estado en París y en Londres. Y enseguida me escoges por amigo, a pesar de que yo tenía cuatro años menos que tú… Lo hiciste porque le hacías la corte a Betty; ahora lo veo claro. Pero ¡qué orgulloso estaba yo entonces! ¿Y quién no lo hubiera estado? ¿Quién no se hubiera sacrificado por ti…, mucho más cuando solo se trataba de algunas semanas de murmuración de la ciudad, y cuando al mismo tiempo era un pretexto para marcharse al mundo…?

BERNICK.—Querido Juan, te diré sinceramente que la historia no está del todo olvidada.

JUAN.—¿No? ¿Qué me importa a mí cuando esté allá abajo en mi finca?

BERNICK.—¿De modo que vuelves allá?

JUAN.—Claro está.

BERNICK.—Pero espero que no tan pronto.

JUAN.—Tan pronto como sea posible. No he venido más que por acompañar a Lona.

BERNICK.—¿Sí? Pero ¿cómo…?

JUAN.—Qué quieres; Lona ya no es joven, y en el último tiempo tenía nostalgias de la tierra; pero no quería confesarlo. *(Sonriendo.)* ¿Cómo iba a dejarme solo a mí, un mozo de cabeza tan ligera, que ya a los diez y nueve años había tenido que ver con…?

BERNICK.—¿Y entonces?…

JUAN.—¡Ahora entro yo con una confesión que me avergüenza profundamente!…

BERNICK.—¿No le habrás contado a Lona lo que pasó?

JUAN.—Sí, se lo he contado. Estuvo mal de mi parte; pero no podía hacer otra cosa. No puedes darte idea de lo que Lona ha sido para mí. A ti no

te ha sido simpática nunca; pero para mí ha sido como una madre. En los primeros años, cuando nos iba mal, ¡cómo ha trabajado! Y cuando, después, yo estuve enfermo y sin ganar nada durante mucho tiempo, sin que yo pudiese impedirlo, se iba a cantar en los cafés; y luego escribió un libro sobre el que lloraba y reía; todo para conservarme la vida… ¿Podía verla tranquilamente consumida por la nostalgia a la que por mí había trabajado y sufrido tanto? No, Ricardo; no podía verlo. Y por eso la dije: «Vete, Lona; yo no soy tan ligero como tú crees; no te preocupes por mí…» Entonces fue cuando lo supo.

BERNICK.—¿Y cómo lo tomó?

JUAN.—Le pareció, y con razón, que si yo sabía que era inocente, no podía tener inconveniente en acompañarla. Pero no tengas cuidado: Lona no dirá nada, y yo callaré por segunda vez.

BERNICK.—Sí, sí; estoy seguro de ello.

JUAN.—¡Venga esa mano! Y ahora no hablemos más de esa antigua historia; por fortuna es la única tontería que hemos hecho. Ahora quiero aprovechar bien los pocos días que pase aquí. No puedes formarte idea del magnífico paseo que hemos dado esta mañana. ¡Quién hubiese creído que aquella chicuela que andaba por ahí y hacía angelitos en el teatro…! Pero, dime, ¿qué se hizo de sus padres?

BERNICK.—De eso no puedo decirte nada más de lo que poco después de tu marcha te escribí. Supongo que habrás recibido ambas cartas.

JUAN.—Sí, y las conservo las dos. ¿De modo que el borracho del marido la abandonó?

BERNICK.—Y se murió al poco tiempo en cualquier parte.

JUAN.—¿Y ella se murió también poco después? Pero supongo que tú harías por ella lo que bajo cuerda pudieras hacer.

BERNICK.—Era orgullosa; no me traicionó, pero no quiso tampoco aceptar nada.

JUAN.—En todo caso, estuvo bien que hayas recogido a Dina.

BERNICK.—Sí, sí. Aunque, en realidad, fue Marta quien lo hizo.

JUAN.—¿De modo que Marta…? Marta…, es verdad… ¿Dónde está hoy?

BERNICK.—¡Oh!, esa… Cuando no tiene clases está con sus enfermos.

JUAN.—¿De modo que Marta se encargó de ella?

BERNICK.—Ha tenido desde antiguo una cierta debilidad por la enseñanza. Por eso ha buscado una plaza en la escuela pública. ¡Una tontería tremenda que hizo!…

JUAN.—Sí, ayer parecía muy fatigada. También temo que su salud no resista…

BERNICK.—Por lo que hace a la salud, no hay cuidado; pero es desagradable para mí; parece como si yo, su hermano, no quisiera mantenerla.

JUAN.—¿Mantenerla? Creí que tendría bastante capital…

BERNICK.—Ni un céntimo. Ya te acordarás qué malos tiempos atravesaba mi madre cuando tú te fuiste. Con mi ayuda continuó algún tiempo el negocio; pero, naturalmente, esto, a la larga, no podía ser… Entonces entré yo en la Sociedad; pero tampoco así marchaban las cosas. Tuve, pues, que hacerme cargo de todo; y al hacer balance, resultó que apenas tenía nada. Y cuando luego, al poco tiempo, murió mamá, Marta quedó también sin nada.

JUAN.—¡Pobre Marta!

BERNICK.—¿Pobre? ¿No creerás que yo iba a dejar que la faltase nada? ¡Oh, no! En ese punto estoy tranquilo: soy un buen hermano, naturalmente, vive con nosotros y come con nosotros; con su sueldo de maestra tiene bastante para vestirse. Y una mujer sola, ¿qué más puede pedir?

JUAN.—¡Hum!… En América no pensamos así.

BERNICK.—Lo creo. En una sociedad tan agitada como la americana… Pero aquí, en nuestro pequeño círculo, donde hasta ahora no ha entrado la corrupción, aquí las mujeres se conforman con una posición decente, aunque sea modesta. Además, la culpa es de la propia Marta: hace mucho tiempo que podría estar colocada si hubiese querido.

JUAN.—¿Casarse, quieres decir?

BERNICK.—Y muy bien, por cierto; ha tenido muy buenos partidos. Es extraño. Una chica sin fortuna, no joven y además completamente insignificante.

JUAN.—¿Insignificante?

BERNICK.—No, si no le hago cargos por ello. No desearía que fuese de otro modo. Sabes; en una casa como la nuestra es siempre bueno tener una persona sencilla en quien se pueda confiar, ocurra lo que ocurra.

JUAN.—Sí, pero ella.

BERNICK.—¿Ella? ¿Cómo? ¡Bah!, no le faltan gentes por quien poder interesarse; nos tiene a Betty y a mí y a Olaf. El hombre no debe pensar en primer término en sí mismo, y la mujer, menos. Todos tenemos que trabajar para una sociedad mayor o menor. Por lo menos, yo lo hago. *(Señalando a Krapp, que viene con papeles por la derecha.)* Ahí tienes una prueba. ¿Crees que son mis propios negocios? De ningún modo. *(Rápidamente a Krapp.)* ¿Qué hay?

KRAPP.—*(Bajo, señalando a sus papeles.)* Todos los contratos de compra en orden.

BERNICK.—¡Magnífico, admirable! Vaya, cuñado, tienes que dispensarme un momento. *(Bajo y estrechándole las manos.)* ¡Gracias, Juan, gracias! Y ten la seguridad de que todo lo que pueda hacer por ti… ¡Ya me entiendes! Venga usted, Krapp. *(Entran en el despacho del cónsul.)*

JUAN.—*(Siguiéndole un momento con la vista.)* ¡Hum!… *(Va a irse al jardín. En el mismo momento entra por la derecha Marta, con un cesto.)* ¡Ahí viene Marta!

MARTA.—¡Ah!… Juan… ¿Eres tú?

JUAN.—¿Tienes mucha prisa?

MARTA.—Sí… Espera un poco; los otros vendrán enseguida. *(Quiere irse por la izquierda.)*

JUAN.—Oye, Marta, ¿tienes siempre tanta prisa?

MARTA.—Sí.

JUAN.—Ayer evitaste el encontrarme, de tal modo que no pude hablar contigo ni una palabra, y hoy…

MARTA.—Sí, pero…

JUAN.—Pues antes estábamos siempre juntos nosotros, antiguos compañeros de juego.

MARTA.—¡De eso hace tantos años, Juan!

JUAN.—Dios mío, quince años. Ni más ni menos. ¿De veras te parece que he cambiado mucho?

MARTA.—¿Tú? Sí; tú también, aunque…

JUAN.—¿Qué quieres decir?

MARTA.—¡Oh, nada!

JUAN.—No pareces muy contenta de que nos volvamos a ver, Marta.

MARTA.—¡He esperado tanto tiempo, Juan, tanto tiempo!…

JUAN.—¿Esperado?… ¿A qué yo viniese?

MARTA.—Sí.

JUAN.—¿Y por qué creías que iba a venir?

MARTA.—Para remediar el mal que has hecho.

JUAN.—¿Yo?

MARTA.—¿Has olvidado que por tu culpa murió una mujer en la miseria y en la vergüenza? ¿Has olvidado que por tu culpa se le amargaron a una niña los más hermosos años?

JUAN.—¡Y que tenga que oír eso de ti, Marta! ¿Nunca tu hermano?…

MARTA.—¿Mi hermano?… ¿Qué?

JUAN.—Nunca…, quiero decir, ¿no te ha dicho nunca una palabra en disculpa mía?

MARTA.—Ya conoces los severos principios de Ricardo.

JUAN.—Sí, sí; conozco bien los severos principios de mi viejo amigo Ricardo. ¡Pero a pesar de eso nunca…! Precisamente acabo de hablar con

él. Me parece que ha cambiado en más que un sentido.

MARTA.—¿Cómo es posible que digas eso? Ricardo ha sido siempre un hombre excelente.

JUAN.—No era eso lo que pensaba; pero dejémoslo. Bien; ahora veo claro a qué luz me has visto; lo que esperabas era la vuelta del perdido.

MARTA.—Oye, Juan; voy a decirte a qué luz te he visto. *(Señalando hacia el jardín.)* ¿Ves la muchacha que juega allá abajo con Olaf? Es Dina. ¿Te acuerdas de la carta ininteligible que me escribiste antes de marchar? Me pedías que tuviera confianza en ti. La he tenido, Juan. Todo lo malo que después contaban aquí había ocurrido en un momento de extravío, sin reflexión…

JUAN.—No te entiendo.

MARTA.—¡Oh, me entiendes perfectamente! Pero no hablemos de eso. De todos modos, tenías que marcharte para empezar una nueva vida. Y entonces, Juan, yo, tu compañera de juegos, me hice tu representante. Me he encargado en tu lugar de los deberes que habías olvidado o que no podías cumplir. Te lo digo para que no tengas nada que echarte en cara. He sido una madre para la pobre niña. La he educado todo lo bien que he podido…

JUAN.—¿Y por eso has tirado tu vida?…

MARTA.—No la he tirado. Pero tú has vuelto demasiado tarde, Juan.

JUAN.—Marta…, si pudiera decirte… Pero al menos déjame darte las gracias por tu fiel amistad.

MARTA.—*(Sonriendo forzadamente.)* Bien; ya nos hemos dicho cuanto teníamos que decirnos, Juan… Silencio, alguien viene. ¡Adiós! Ahora no puedo… *(Se va por la última puerta de la izquierda. Lona viene del jardín seguida de la señora Bernick.)*

SEÑORA BERNICK.—Pero, por Dios, Lona, ¿qué ocurrencias son esas?

LONA.—Déjame, te digo; tengo que hablar con él y quiero hacerlo.

SEÑORA BERNICK.—¡Pero eso sería un escándalo terrible! ¿Estás ahí todavía, Juan?

LONA.—¡Fuera contigo! ¿Qué haces aquí metido en la habitación? Vete al jardín y habla con Dina.

JUAN.—Precisamente estaba pensando…

SEÑORA BERNICK.—Pero…

LONA.—Oye, Juan, ¿has mirado bien a Dina?

JUAN.—Creo que sí.

LONA.—Tienes que mirarla bien. Sería algo para ti.

SEÑORA BERNICK.—¡Pero Lona!…

JUAN.—¿Algo para mí?…

LONA.—Sí… Para mirarla, quiero decir. Bueno, anda.

JUAN.—Con el mayor gusto. *(Se va al jardín.)*

SEÑORA BERNICK.—¡Lona, estoy helada de espanto! Eso no puedes pensarlo en serio.

LONA.—¡Claro que sí! ¿No es fresca, sana y buena? Es precisamente la mujer escogida para Juan. Una así necesita allá abajo; esa podía valerle algo más que una vieja hermanastra.

SEÑORA BERNICK.—¡Dina! ¡Dina Dorf! ¡Piensa!…

LONA.—Pienso, sobre todo, en su dicha… Y tengo que ayudarle; en esas cosas es muy torpe; no sabe tratarse con mujeres ni chicas.

SEÑORA BERNICK.—¿Él? ¿Juan? Pues yo creo que nos ha dado pruebas bastante tristes…

LONA.—¡Vete a paseo con la historia vieja! ¿Dónde está Bernick?; quiero hablar con él.

SEÑORA BERNICK.—¡Lona, te digo que no harás eso!

LONA.—Ya lo creo. Si él le gusta a ella y ella a él, se casarán. Bernick es tan listo…; él encontrará un expediente…

SEÑORA BERNICK.—¿Y crees que esas inconveniencias americanas van a ser toleradas aquí?

LONA.—¡Bah, bah, Betty!…

SEÑORA BERNICK.—¿Que un hombre como Bernick, con tan severos principios?…

LONA.—¡Bah, no serán tan irracionalmente severos!

SEÑORA BERNICK.—¿Cómo te atreves a decir eso?

LONA.—Me atrevo a decir que Bernick no es mucho más moral que otros hombres.

SEÑORA BERNICK.—¿De modo que tan hondo es aún tu odio contra él? ¿Pero qué buscas aquí si no has podido olvidar que?… ¡No comprendo que después de aquella ofensa mortal que le infligiste te atrevas a presentarte ante sus ojos!

LONA.—Sí, entonces obré feamente.

SEÑORA BERNICK.—¡Y qué generosamente te ha perdonado él, que nada había hecho! Porque él no tenía la culpa de que tú hubieses concebido esperanzas. Pero desde entonces me odias también a mí. *(Rompe a llorar.)* No me has perdonado nunca mi dicha. Y ahora vienes aquí para echármelo todo sobre mí, para mostrar a la ciudad en qué familia he introducido yo a Ricardo. Me haces sufrir por ello, y eso es lo que tú querías. ¡Oh, qué mala eres! *(Se aleja llorando por la última puerta de la izquierda.)*

LONA.—*(Siguiéndola con la vista.)* ¡Pobre Betty!

(Bernick sale de su despacho.)

BERNICK.—*(Desde la puerta.)* Muy bien, Krapp, admirable. Envíe usted quinientas coronas a la Asociación de Caridad. *(Volviéndose.)* ¡Lona! *(Acercándose.)* ¿Estás sola? ¿No viene aquí Betty?

LONA.—No. ¿Quieres que vaya a buscarla?

BERNICK.—No, no; déjala. ¡Oh, Lona, no sabes cómo ansiaba hablar contigo abiertamente, poder pedirte perdón!

LONA.—Oye, Ricardo, no nos pongamos sentimentales; no nos está bien.

BERNICK.—Tienes que oírme, Lona. Ya sé que las apariencias están contra mí, puesto que has sabido lo de la madre de Dina. Pero te juro que no

fue más que un corto extravío; te he amado realmente, verdadera y profundamente.

LONA.—¿Por qué razón crees que he vuelto?

BERNICK.—Sean los que fueren tus propósitos, te conjuro a no emprender nada antes de que me haya justificado. Puedo hacerlo, Lona; por lo menos, puedo disculparlo.

LONA.—Ahora tienes miedo. Dices que me has amado. Sí, en tus cartas me lo asegurabas con frecuencia. Y puede ser que fuera verdad…, mientras vivías allá afuera, en un mundo grande y libre, que daba valor para pensar tú mismo grande y libremente. Puede ser que encontrases en mí más carácter y más independencia que en los demás de la casa. Y luego era un secreto entre los dos y nadie podía burlarse de tu mal gusto.

BERNICK.—¡Lona, cómo es posible que creas!…

LONA.—Pero cuando volviste, cuando viste por todas partes que se burlaban de mí, cuando les viste reírse de lo que llamaban mis extravagancias…

BERNICK.—Por aquel entonces no tenías consideraciones a nada.

LONA.—En el fondo solo lo hacía para incomodar a las gentes afectadas de ambos sexos de la ciudad. Y cuando conociste a la joven actriz tan seductora…

BERNICK.—Fue una tontería, nada más. Te aseguro que de las murmuraciones con que se divertía la gente solo la décima parte era verdad.

LONA.—Es posible. Pero cuando Betty vino a casa, hermosa, espléndida, adorada de todos, y cuando se supo que heredaría toda la fortuna de la tía y que yo me quedaría sin nada…

BERNICK.—Esa es la cosa, Lona, y ahora vas a oírlo sin rodeos. Yo no amaba entonces a Betty, no fue por afecto a ella por lo que rompí contigo. Fue sencillamente por el dinero. Me veía obligado a ello; tenía que hacerlo.

LONA.—¡Y me lo dices así en mi cara!…

BERNICK.—Sí que lo hago. Escucha, Lona…

LONA.—Y, sin embargo, me escribiste que sentías un amor profundo por Betty, apelabas a mi generosidad, me conjurabas a callar por Betty lo que había pasado entre nosotros…

BERNICK.—Te digo que tenía que hacerlo.

LONA.—¡Oh, Dios; ahora sí que no me pesa el que entonces haya perdido el dominio de mí misma!

BERNICK.—Déjame decirte fría y tranquilamente cuál era nuestra situación por aquel entonces. Como recordarás, mi madre estaba a la cabeza del negocio, pero no tenía talento para ello. Tuve que venir a toda costa de París a casa; los tiempos eran críticos; tenía que poner en orden los negocios. ¿Con qué me encontré? Me encontré, lo que tenía que quedar en el mayor secreto, con una casa casi arruinada. Más aún: puede decirse que estaba arruinada esta casa tan prestigiosa que ya llevaba tres generaciones de vida. ¿Qué iba a hacer yo, el hijo, el único hijo, sino buscar un medio de salvación?

LONA.—Y entonces salvaste la Casa Bernick a costa de una mujer.

BERNICK.—Ya sabes cuánto me amaba Betty.

LONA.—¿Pero yo?…

BERNICK.—Créeme, Lona, no hubieras sido feliz conmigo.

LONA.—¿Me dejaste acaso por la preocupación de mi dicha?

BERNICK.—¿Es que crees que obré así por motivos egoístas? Si entonces hubiera estado solo habría empezado valientemente desde el principio. No comprendes lo que es la enorme responsabilidad que significa para el hombre de negocios la casa que hereda. ¿Sabes que la suerte de cientos, de miles, depende de él? ¿No comprendes que toda la sociedad que llamamos ambos nuestra sufriría un golpe terrible si la Casa Bernick se hubiese arruinado?

LONA.—¿Fue por consideraciones a la sociedad por lo que permaneciste fiel a la mentira durante estos quince años?

BERNICK.—¿A la mentira?…

LONA.—¿Qué sabe Betty de todo lo que ocurrió antes y después de haberla pedido?

BERNICK.—¿Crees que iba a haber herido inútilmente con una confesión sus sentimientos?

LONA.—¿Inútilmente dices? Sí, tú eres un hombre de negocios y debes entender de eso de la utilidad. Pero ahora escucha, Ricardo; yo también quiero hablar fría y tranquilamente. Dime: ¿eres realmente feliz?

BERNICK.—¿En la familia quieres decir?

LONA.—Sí.

BERNICK.—Sí que lo soy, Lona. No fuiste en vano buena amiga mía. Puedo decir que de año en año he sido más feliz. Betty es buena y condescendiente, y después, que merced al tiempo hubo acomodado su naturaleza a la mía…

LONA.—¡Hum!…

BERNICK.—Primero tenía una idea exagerada del amor. No podía acostumbrarse al pensamiento de que su pasión tenía que ir poco a poco transformándose en una dulce amistad.

LONA.—¿Pero ahora se ha resignado?

BERNICK.—Completamente. Ya puedes pensar que el trato diario conmigo no ha dejado de ejercer influjo sobre ella. Los hombres tienen que armonizar mutuamente sus aspiraciones si quieren ocupar por entero su puesto en sociedad. Eso lo ha visto poco a poco Betty, y por eso es hoy nuestra casa una casa ejemplar para los demás.

LONA.—Pero los demás no saben nada de tu mentira.

BERNICK.—¿Mi mentira?…

LONA.—Sí; de la mentira de que has estado rodeado quince años.

BERNICK.—¿Y a eso lo llamas?…

LONA.—Una mentira. Una mentira triple. Primero, la mentira contra mí; luego, la mentira contra Betty, y, por último, la mentira contra Juan.

BERNICK.—Betty no me ha pedido nunca una confesión.

LONA.—Porque no sabía nada.

BERNICK.—Y tú tampoco lo pedirás por consideración a ella.

LONA.—¡Oh, no!, yo sabré soportar las burlas; tengo unas espaldas muy anchas.

BERNICK.—Y Juan no lo pedirá tampoco; me lo ha prometido.

LONA.—Pero tú mismo, Ricardo. ¿No hay algo en ti que quisiera sacudirse esa mentira?

BERNICK.—¿Quieres que sacrifique voluntariamente mi felicidad y mi posición en la sociedad?

LONA.—¿Qué derecho tienes a tu felicidad?

BERNICK.—Desde hace quince años he adquirido cada día una parte de ese derecho por mi conducta y por lo que he trabajado y creado.

LONA.—Tú has hecho mucho para ti y para los otros. Tú eres el hombre más rico y más poderoso de la ciudad. Todos se doblegan ante tu voluntad porque te creen puro y sin mancha. Tu casa pasa por una casa ejemplar y tu vida por una vida ejemplar. Pero toda esa magnificencia se asienta sobre un suelo pantanoso y tú con ella. Puede llegar un momento, puede pronunciarse una palabra y te hundes con toda tu magnificencia si no te pones a tiempo en seguro.

BERNICK.—¿Qué buscas aquí, Lona?

LONA.—Quiero ayudarte, Ricardo, a que afirmes el suelo bajo tus pies.

BERNICK.—¡Venganza! ¡Quieres vengarte! ¡Lo presentía! ¡Pero no lo conseguirás! Aquí no hay más que uno que tenga derecho a hablar, y ese calla.

LONA.—¿Juan?

BERNICK.—Sí, Juan. Si otro quiere acusarme, lo negaré todo. Si se me quiere aniquilar me defenderé a sangre y fuego. ¡Pero no lo conseguirás, te digo! El que podría aniquilarme, ese calla y vuelve a marcharse. *(Rummel y Wiegeland entran por la derecha.)*

RUMMEL.—Buenos días, buenos días, querido Bernick; tienes que venir conmigo a la Asociación de Comercio. ¿Sabes?, hay junta para lo del ferrocarril.

BERNICK.—No puedo. Es imposible.

WIEGELAND.—Tiene usted que venir, señor cónsul.

RUMMEL.—Tienes que venir, Bernick. Hay gentes que trabajan contra nosotros. Hammer, el periodista, y los otros que defendían la línea de la costa dicen que hay intereses privados detrás del nuevo proyecto.

BERNICK.—Pues explícales…

WIEGELAND.—No sirve de nada lo que nosotros expliquemos, señor cónsul.

RUMMEL.—No, no; tienes que venir tú mismo. Contra ti nadie se atreverá a exteriorizar una sospecha semejante.

LONA.—Claro que no.

BERNICK.—No puedo, os digo. Me siento mal…, o, al menos, tengo que concentrarme primero.

(Rohrland entra por la derecha.)

ROHRLAND.—Perdone usted, señor cónsul, estoy tremendamente agitado…

BERNICK.—¿Qué le pasa a usted?

ROHRLAND.—Tengo que hacerle una pregunta, señor cónsul. ¿Ha dado usted su permiso para que la muchacha que ha encontrado un asilo bajo este techo se exhiba públicamente en compañía de un hombre que…?

LONA.—¿A quién se refiere usted, señor pastor?

ROHRLAND.—A un hombre que debiera apartarse de ella más que ningún otro en el mundo.

LONA.—¡Otro!

BERNICK.—*(Buscando el sombrero y los guantes.)* No sé nada; perdone usted; tengo prisa y tengo que ir a la Asociación de Comercio.

HILMAR.—*(Viene del jardín y va a la última puerta de la izquierda.)* ¡Betty, Betty, ven aquí!

BERNICK.—*(En la puerta.)* ¿Qué ocurre?

HILMAR.—Tienes que ir inmediatamente al jardín y poner término al galanteo que cierta persona se permite con esa Dina Dorf. Me han puesto

completamente nervioso.

LONA.—¿Conque sí? ¿Y qué ha dicho esa persona?

HILMAR.—Ni más ni menos que proponerla que se fuese con él a América. ¡Oh, oh!…

ROHRLAND.—¿Es posible?

SEÑORA BERNICK.—¿Qué dices?

LONA.—¡Pero eso sería magnífico!

BERNICK.—¡Es imposible! Has oído mal.

HILMAR.—Pues pregúntale a él mismo. Ahí viene la pareja. Pero no me mezcles a mí en la historia.

BERNICK.—*(A Rummel y Wiegeland.)* Voy allá… dentro de un momento. *(Rummel y Wiegeland vanse por la derecha. Juan y Dina entran del jardín.)*

JUAN.—¡Hurra, Lona; viene con nosotros!

SEÑORA BERNICK.—¡Pero Juan! ¡Imprudente!

ROHRLAND.—¡Es posible! ¡Un escándalo semejante!… ¿Por qué artes de seducción ha logrado usted?…

JUAN.—Despacio, despacio, amiguito. ¿Qué dice usted?

ROHRLAND.—Dina, contésteme usted: ¿es esa su intención, es su resolución libre?

DINA.—Necesito salir de aquí.

ROHRLAND.—¡Pero con él, con él!

DINA.—Señáleme usted otro que tuviera valor para llevarme consigo.

ROHRLAND.—Bien; ahora va usted a saber quién es.

JUAN.—¡Calle usted!

BERNICK.—¡Ni una palabra más!

ROHRLAND.—Serviría muy mal a la sociedad, por cuya moral y costumbres tengo que velar. Y no obraría como debo con esta muchacha, en

cuya educación he tenido una parte importante y que me…

JUAN.—¡Líbrese usted!

ROHRLAND.—¡Lo sabrá! ¡Dina, este es el hombre que causó la desdicha y la deshonra de su madre!

BERNICK.—¡Señor coadjutor!…

DINA.—¡Él! *(A Juan.)* ¿Es verdad?

JUAN.—¡Ricardo, contesta!

BERNICK.—¡Ni una palabra más! ¡Hoy ni una palabra más!

DINA.—¡De modo que es verdad!

ROHRLAND.—¡Sí, es verdad, es verdad! Y más aún: este hombre a quien usted otorga su confianza no se fue con las manos vacías…; la caja de la viuda Bernick…; el cónsul puede dar testimonio de ello.

LONA.—¡Embustero!

BERNICK.—¡Ah!…

SEÑORA BERNICK.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

JUAN.—*(Yendo hacia él con el brazo levantado.)* ¡Y tiene usted el valor de…!

LONA.—*(Interponiéndose.)* ¡Juan, no le pegues!

ROHRLAND.—Sí, pegue usted. Pero la verdad saldrá a luz, y es verdad. El cónsul mismo lo ha dicho y toda la ciudad lo sabe. Dina, ahora ya le conoce usted. *(Pausa corta.)*

JUAN.—*(Bajo, cogiéndole por el brazo.)* ¡Ricardo, Ricardo, qué has hecho!

SEÑORA BERNICK.—*(Bajo y entre lágrimas.)* ¡Oh, Ricardo, que haya traído toda esta vergüenza sobre ti!

ALTSTEDT.—*(Viene rápidamente por la derecha y grita desde la puerta.)* ¡Tiene usted que venir imprescindiblemente, señor cónsul! ¡El ferrocarril está para caer!

BERNICK.—*(Abstraído.)* ¿Qué pasa? ¿Qué tengo que hacer?

LONA.—*(Seria y con imperio.)* Tienes que ir a sostener la sociedad, cuñado.

ALTSTEDT.—Sí, venga usted, venga usted. Necesitamos de todo su prestigio moral.

JUAN.—*(Muy cerca de él.)* ¡Bernick, mañana hablaremos! *(Se va por el jardín. Bernick se va maquinalmente con Altstedt por la puerta de la derecha.)*

Acto tercero

La misma decoración. Bernick, con un bastón en la mano, viene, lleno de cólera, de la última habitación de la izquierda, y deja la puerta medio abierta tras sí.

BERNICK.—¡Eso es! Por fin ha resultado seria la cosa. No olvidará fácilmente los golpes. *(Hablando hacia la habitación.)* ¿Qué dices tú?… Y yo digo que eres una madre poco razonable. Le disculpas, le amparas en todas sus calaveradas… ¿Que no son calaveradas? ¿Cómo quieres llamarlas entonces? Marcharse de casa por la noche, salir al mar con los pescadores, estarse fuera hasta las diez de la mañana y tenerme en una angustia mortal… ¡A mí, que tantas preocupaciones tengo!… ¡Y todavía se atreve a amenazarme con que se escapará!… ¡Que lo intente!… ¿Qué?… ¡Ya lo creo! A ti te preocupa bien poco su bien. De veras creo que si expusiese su vida… ¿Sí? Pero yo no quiero quedarme sin hijo… No hagas más objeciones; ya está dicho: se quedará encerrado en casa… *(Escuchando.)* ¡Silencio, que nadie note nada!

KRAPP.—*(Entra por la derecha.)* ¿Tiene usted tiempo un momento, señor cónsul?

BERNICK.—*(Posando el bastón.)* Ya lo creo. ¿Viene usted del astillero?

KRAPP.—Directamente. ¡Hum!…

BERNICK.—¿Qué? ¿Ocurre algo con la «Palmera»?

KRAPP.—La «Palmera» podrá hacerse mañana a la mar; pero…

BERNICK.—¿De modo que la «Gacela»…? Ya se me figuraba a mí que ese obstinado de Auler…

KRAPP.—La «Gacela» estará lista mañana también; pero no llegará muy lejos.

BERNICK.—¿Qué quiere usted decir?

KRAPP.—Perdone usted, señor cónsul; la puerta aquella está medio abierta, y creo que hay alguien dentro…

BERNICK.—*(Cierra la puerta.)* Bien. ¿Qué es eso que nadie puede oír?

KRAPP.—¿Que qué es eso? Que Auler tiene la intención de que se hunda la «Gacela» con todo lo que va dentro.

BERNICK.—Pero ¿cómo puede usted creer…?

KRAPP.—De otro modo no puedo explicármelo.

BERNICK.—Bien; dígame en pocas palabras…

KRAPP.—Lo haré. Ya sabe usted con qué lentitud marchan los trabajos en el astillero desde que tenemos las nuevas máquinas y los nuevos obreros…

BERNICK.—Sí, sí.

KRAPP.—Cuando bajó esta mañana, noté que las reparaciones del barco estaban extraordinariamente adelantadas; el gran agujero, ya sabe usted, el trozo aquel que estaba podrido…

BERNICK.—Sí, sí. ¿Y qué?

KRAPP.—Completamente arreglado… en apariencia; estaba revestido y parecía nuevo. Me dijeron que Auler mismo había trabajado en él toda la noche.

BERNICK.—Sí, sí; y…

KRAPP.—Fui allá y lo examiné; la gente estaba desayunándose, y así me fue posible inspeccionar el barco por dentro y por fuera sin que me vieran. Solo, con gran trabajo logré llegar hasta abajo en el barco cargado. ¡Allí pasan cosas horribles, señor cónsul!…

BERNICK.—¡No puedo creerlo, Krapp! ¡No quiero creer cosas semejantes de Auler!

KRAPP.—Lo siento, pero es la pura verdad. Pasan cosas horribles digo. No se ha puesto ninguna viga nueva en lo que pude ver. Arreglado y barnizado de mala manera. La «Gacela» no llegará jamás a Nueva York; se hundirá como un puchero roto.

BERNICK.—¡Es espantoso! Pero ¿cuál cree usted que será su intención?

KRAPP.—Probablemente querrá desacreditar las nuevas máquinas; quiere vengarse; quiere que se vuelva a admitir a los antiguos obreros.

BERNICK.—¿Y por eso sacrifica tantas vidas humanas?…

KRAPP.—El otro día decía que en la «Gacela» no había hombres, sino animales.

BERNICK.—Sí, sí; es posible. Pero ¿no piensa en el gran capital que se perderá?

KRAPP.—Auler no tiene muchas simpatías por el gran capital.

BERNICK.—Es verdad, sí; es un agitador. ¡Pero una acción tan sin conciencia!… Oiga usted, Krapp: una cosa semejante hay que examinarla dos veces. No diga usted a nadie una palabra. Se desacredita nuestro astillero si las gentes llegan a saberlo.

KRAPP.—Muy bien. Pero, dispense usted, ¿qué piensa usted hacer?

BERNICK.—Denunciar la cosa, naturalmente. No podemos hacernos cómplices de un delito. Tengo que tener limpia la conciencia. Además, en la Prensa y en la sociedad hará buena impresión el ver que yo doy de lado a todas las consideraciones personales y dejo que la justicia siga su curso.

KRAPP.—Es verdad, señor cónsul.

BERNICK.—Pero, ante todo, certeza completa. Y hasta entonces, silencio.

KRAPP.—Ni una palabra, señor cónsul, y certeza la tendrá usted. *(Se va por el jardín y por la calle abajo.)*

BERNICK.—*(Bajo.)* ¡Es infame! ¡Pero no, es imposible, inconcebible! *(Cuando va a irse a su despacho entra Hilmar por la derecha.)*

HILMAR.—Buenos días, Bernick. Te felicito por tu triunfo de ayer en la Asociación de Comercio.

BERNICK.—Gracias.

HILMAR.—Fue un triunfo brillante, un triunfo de la inteligencia ciudadana contra el egoísmo y el prejuicio; algo así como una *razzia* de los franceses contra las cabilas. Es increíble que tú, después de la escena tan desagradable que hubo aquí…

BERNICK.—Sí, sí; deja eso.

HILMAR.—Pero la batalla decisiva tiene que darse aún.

BERNICK.—¿En lo del ferrocarril?

HILMAR.—Sí. ¿No sabes lo que se propone Hammer, el periodista?

BERNICK.—*(Con ansiedad.)* ¡No! ¿Qué?…

HILMAR.—Ha recogido el rumor que anda por ahí, y quiere escribir un artículo sobre ello.

BERNICK.—¿Qué rumor?

HILMAR.—El de que se han efectuado grandes compras de terreno a lo largo del ramal.

BERNICK.—¿Qué dices? ¿Corre ese rumor?

HILMAR.—Por toda la ciudad. Acabo de oírlo en el Casino. Parece que uno de nuestros abogados ha comprado en secreto todos los bosques, todos los yacimientos de mineral, todos los saltos de agua, etc.

BERNICK.—¿Y no se dice para quién?

HILMAR.—En el Casino se cree que debe haber sido alguna Sociedad extranjera, que ha tenido noticia de tus proyectos, y que antes de que los terrenos subieran de precio se ha apresurado… ¿No es indignante?

BERNICK.—¿Indignante?

HILMAR.—El que se introduzcan forasteros de ese modo en nuestra comarca. ¡Y que un abogado de aquí haya podido prestarse a una maniobra semejante!… Y ahora la ganancia será para los forasteros.

BERNICK.—Pero no se trata más que de un rumor vago.

HILMAR.—En el que, sin embargo, se cree, y mañana Hammer lo dará como un hecho. La indignación es general. A varios les he oído decir que si el rumor se confirmaba se hacían borrar de la lista.

BERNICK.—¡Es imposible!

HILMAR.—¿Sí? ¿Por qué crees que esas almas de tenderos estaban dispuestas a colaborar en la empresa? Porque se relamían los labios en la esperanza…

BERNICK.—¡Te digo que es imposible! No puede haber tan poco sentido ciudadano en nuestra pequeña sociedad…

HILMAR.—¿Aquí? Tú eres optimista y juzgas a los demás por ti mismo. Pero yo, que soy bastante buen observador… Aquí no hay ni uno solo, exceptuándonos, naturalmente, a nosotros, ni uno solo que lleve la bandera espiritual. *(Se va al fondo.)* ¡Oh, oh! ¡Ahí están otra vez!

BERNICK.—¿Quién?

HILMAR.—Los dos americanos *(Mirando afuera.)* ¿Y quién viene con ellos? ¿No es el capitán de la «Gacela»? ¡Oh, oh!…

BERNICK.—¿Qué pueden tener que hacer con él?

HILMAR.—¡Oh, encajan perfectamente unos con otros! El capitán parece que ha sido tratante de esclavos o pirata. ¡Y quién sabe lo que habrán hecho los otros dos en estos años!…

BERNICK.—¡Te digo que es injusto hablar así de ellos!

HILMAR.—Tú eres un optimista. Pero ahora caerán, naturalmente, sobre nosotros. Yo me marcho antes de que lleguen… *(Se va hacia la puerta de la izquierda. Lona entra por la derecha.)*

LONA.—Dime Hilmar, ¿es de mí de quien huyes?

HILMAR.—De ningún modo; es que tengo prisa; tengo que hablar con Betty. *(Entra en la última habitación de la izquierda.)*

BERNICK.—*(Tras una pausa corta.)* ¿De modo, Lona…?

LONA.—Sí, ¿qué?…

BERNICK.—¿Qué idea tienes hoy de mí?

LONA.—La de ayer. Una mentira más o menos…

BERNICK.—Quiero que veas claramente las cosas. ¿Dónde está Juan?

LONA.—Viene ahí; tenía que hablar con un hombre.

BERNICK.—Después de todo lo que has oído ayer, comprenderás que mi existencia está arruinada si llega a saberse la verdad.

LONA.—Lo comprendo.

BERNICK.—No necesito decir que yo no fui reo del delito de que por ahí se hablaba.

LONA.—No, eso no necesitas decirlo. ¿Pero quién fue el ladrón?

BERNICK.—No ha habido ladrón alguno. No se ha robado dinero alguno; no ha desaparecido un céntimo.

LONA.—¿Cómo?

BERNICK.—Ni un céntimo te digo.

LONA.—¿Pero y el rumor…? ¿Cómo ha nacido el rumor de que Juan…?

BERNICK.—Lona, creo que puedo hablar contigo como no hablaría con ningún otro. No quiero ocultarte nada. Sí colaboré a que se esparciera el rumor.

LONA.—¿Tú? ¡E hiciste eso contra el que por ti…!

BERNICK.—No me condenes sin pensar en cómo estaban entonces las cosas. Ya te lo contaba ayer. Cuando regresó del extranjero me encontré a mi madre enredada en una porción de empresas insensatas; además, había tenido desgracias de todas clases; era como si todo lo malo se abalanzase de un golpe sobre nosotros. Nuestra casa amenazaba arruinarse; yo estaba medio desesperado…

LONA.—¡Hum!…

BERNICK.—Ya puedes figurarte que cuando os marchasteis Juan y tú corrieron toda clase de rumores. El uno decía que no había sido su primera calaverada; el otro contaba que Dorf había recibido una gran suma de dinero para que callara y se fuera por su camino. Por el mismo tiempo se supo que nuestra casa solo con dificultad podía satisfacer sus pagos. Y la murmuración combinó enseguida los dos rumores. Cuando se vio que ella se que-

daba aquí y que llevaba una vida miserable, se dijo que se había llevado el dinero a América, y la suma se hacía cada vez mayor.

LONA.—¿Y tú, Ricardo?

BERNICK.—Yo me acojo a ese rumor como a una tabla de salvación.

LONA.—¿Para esparcirlo más?

BERNICK.—No lo contradije. Los acreedores nos amenazaban, había que calmarlos; era preciso evitar toda duda en la solidez de nuestra casa, habíamos sufrido un quebranto momentáneo… ¡Que no se nos hostigase!… ¡Que se nos dejase tiempo! ¡Todos recibirían lo suyo!

LONA.—¿Y todos recibieron lo suyo?

BERNICK.—Sí, Lona; aquel rumor salvó nuestra casa e hizo de mí lo que soy.

LONA.—¿De modo que una mentira es la que te ha hecho lo que eres?

BERNICK.—¿A quién dañaba entonces? Juan tenía la intención de no volver más.

LONA.—¿Preguntas que a quién dañabas? Mira en tu interior a ver si tú mismo no has resultado dañado.

BERNICK.—Examina el interior de cualquiera y encontrarás por lo menos un punto oscuro que hay que tapar.

LONA.—¡Y os llamáis los sostenes de la sociedad!

BERNICK.—Mejores no los tiene.

LONA.—¿Y qué importa que se sostenga o no una sociedad semejante? ¿Qué es lo que vale aquí? La apariencia y la mentira nada más. Aquí te tenemos a ti; el primer hombre de la ciudad, que vive en alegrías y magnificencias, con honra y poder; a ti, que has puesto el sello del criminal en la frente de un inocente.

BERNICK.—¿Crees que no siento bastante mi injusticia contra él? ¿Crees que no estaría dispuesto a repararla?

LONA.—¿Cómo? ¿Por una confesión pública?

BERNICK.—¿Y puedes pedir eso?

LONA.—¿Cómo puede repararse de otro modo una injusticia?

BERNICK.—Soy rico, Lona; Juan puede pedir…

LONA.—¿Quieres saber lo que te contestaría si fueses a ofrecerle dinero?

BERNICK.—¿Sabes qué intenciones tiene?

LONA.—No. Desde ayer está encerrado en sí mismo. Es como si todo esto le hubiese hecho hombre de una vez.

BERNICK.—Tengo que hablar con él.

LONA.—Ahí está. *(Juan entra por la derecha.)*

BERNICK.—*(Yendo a su encuentro.)* ¡Juan!…

JUAN.—*(Rechazándole.)* Primero yo. Ayer por la mañana te di palabra de callarme.

BERNICK.—Sí, me la diste.

JUAN.—Pero entonces no sabía aún…

BERNICK.—Juan, déjame que te explique en dos palabras lo sucedido.

JUAN.—No es necesario. Adivino lo que pasó. La casa se encontraba en una situación difícil, y como yo estaba fuera y podías disponer del buen nombre de un ausente que no podía defenderse… Bueno, no pienso hacerte demasiados cargos por ello; en aquellos días éramos jóvenes y ligeros. Pero ahora necesito la verdad y tienes que hablar.

BERNICK.—Y precisamente ahora necesito todo mi prestigio moral y por eso no puedo hablar.

JUAN.—De las historias que esparciste entre la gente no me importa nada; pero lo otro…, de eso tienes que tomar la culpa sobre ti. Dina será mi mujer y vivirá conmigo aquí en esta ciudad.

LONA.—¿Aquí?

BERNICK.—¿Con Dina por mujer? ¿Aquí en la ciudad?

JUAN.—Sí, aquí precisamente. Quiero quedarme aquí para desafiar a todas esas mentiras y calumnias. Pero para alcanzarla a ella es necesario que aparezca sin mancha.

BERNICK.—¿Has pensado en que si tomo sobre mí lo uno confieso también lo otro? Me dirás que puedo probar por nuestros libros que todo estaba en orden. Pero no puedo, porque nuestros libros entonces no se llevaban muy escrupulosamente. Y aun cuando pudiera, ¿qué ganaría con eso? ¿No quedaría como el hombre que se salvó por una mentira y que luego durante quince años dejó que esta mentira y todo lo demás se esparciera sin dar un paso para impedirlo? No conoces ya a nuestra sociedad; si no verías que una cosa semejante me arruinaría totalmente.

JUAN.—No puedo responderte sino que yo quiero casarme con la hija de la señora Dorf y quiero vivir aquí con ella.

BERNICK.—*(Limpiándose el sudor de la frente.)* Óyeme, Juan, y tú también, Lona. No es ninguna situación ordinaria la situación en que estoy precisamente estos días. Es de tal naturaleza, que con este golpe me aniquiláis totalmente; y no solo a mí, sino también el porvenir de una sociedad a la que también pertenecéis vosotros por vuestro nacimiento.

JUAN.—Y si no te doy ese golpe aniquilo completamente toda mi felicidad futura.

LONA.—Sigue, Bernick.

BERNICK.—Oíd, pues. Se trata del ferrocarril. La cosa no es tan sencilla como creéis. Habréis oído, sin duda, que el año pasado se hizo propaganda en favor de una línea de la costa. Esa línea tenía mucho partido en la ciudad y en la comarca, sobre todo en la Prensa; pero yo logré paralizar la propaganda, porque esa línea hubiera dañado a nuestros vapores.

LONA.—¿Tienes tú intereses en esos vapores?

BERNICK.—Sí, pero nadie se atrevió a sospechar de mí por ese lado; mi nombre, respetado, me amparaba. Por lo demás, yo hubiera podido soportar la pérdida, pero la ciudad, no. Por eso se eligió la línea del interior. Cuando ocurrió eso me informé en secreto de si no podría construirse un ramal hasta nuestra ciudad.

LONA.—¿Por qué en secreto, Bernick?

BERNICK.—¿Habéis oído hablar de las grandes compras de bosques, minas y saltos de agua…?

JUAN.—Sí, parece que es una Sociedad forastera…

BERNICK.—Tal como ahora están, esos terrenos no tienen ningún valor para los propietarios; por esa razón los vendieron relativamente baratos. Si se hubiese esperado hasta que se supiese lo del ferrocarril, hubiesen pedido precios imposibles.

LONA.—Sí, sí, pero…

BERNICK.—Ahora viene lo que se puede juzgar de distintas maneras, lo que en nuestra sociedad solo puede confesar una persona amparada de un nombre respetado e intachable.

LONA.—¿Qué es?

BERNICK.—Yo soy el que ha comprado.

LONA.—¿Tú?

JUAN.—¿Por tu cuenta?

BERNICK.—Por mi cuenta. Si se hace el ramal, soy millonario; si no se hace, estoy arruinado.

LONA.—Eso es muy osado, Bernick.

BERNICK.—He puesto todo mi patrimonio en la empresa.

LONA.—No pensaba en el dinero, pero cuando se llegue a saber…

BERNICK.—¡Esa es la dificultad! Con el nombre intachable que tengo hasta ahora puedo tomar la cosa sobre mí, presentarme ante mis convecinos tranquilamente y decir: «¡Ved lo que he resuelto en bien de la sociedad!»

LONA.—¿De la sociedad?

BERNICK.—Sí, y ni uno solo dudará de la bondad de mis intenciones.

LONA.—Hay aquí hombres que hubiesen obrado más francamente que tú, sin segundas ideas, sin consideraciones…

BERNICK.—¿Quiénes?

LONA.—Rummel y Altstedt y Wiegeland…, naturalmente.

BERNICK.—Para atraérmelos me he visto forzado a confiarles la cosa.

LONA.—¿Y qué hicieron?

BERNICK.—Han puesto como condición que les diese la quinta parte de la ganancia a repartir entre sí.

LONA.—¡Oh, estos sostenes de la sociedad!

BERNICK.—¿Y no es la sociedad misma la que nos obliga a ir por caminos torcidos? ¿Qué hubiese ocurrido si no hubiera obrado en secreto? Enseguida se habían precipitado todos sobre la empresa y la hubiesen destrozado, desgarrado, deshecho. No hay nadie en la ciudad más que yo que sea capaz de dirigir un negocio como será este; aquí solo las familias venidas de afuera son las que tienen talento para negocios en grande escala. Precisamente por eso mi conciencia está limpia en ese punto. Solo en mi poder pueden residir esos terrenos, pan para los miles de gentes que se beneficiarán de ellos.

LONA.—En eso es posible que tengas razón, Bernick.

JUAN.—Pero yo no conozco a esos miles y me juego la felicidad de mi vida.

BERNICK.—También se está jugando la prosperidad de tu pueblo natal. Si aparece algo que arroje una sombra sobre mi vida pasada, caerán sobre mí todos mis enemigos. En nuestra sociedad una imprudencia juvenil no puede repararse nunca. Se recorrerá todo el resto de mi vida, se encontrarán cientos de pequeñeces que se explicarán y comentarán en el sentido de lo que se ha descubierto, se me sepultará bajo el peso de murmuraciones y calumnias. Entonces tendré que retirarme de la empresa del ferrocarril, y si yo me aparto cae, y me encuentro al mismo tiempo arruinado y muerto civilmente.

LONA.—Juan, después de lo que has oído, tienes que marcharte y callar.

JUAN.—Sí, me marcho y me callo; pero volveré y hablaré.

BERNICK.—Quédate allá, Juan; calla y partiré contigo.

JUAN.—¡Guárdate tu dinero, pero devuélveme mi buen nombre!

BERNICK.—¡Sacrificando el mío!

JUAN.—Eso arréglalo con tu sociedad. Yo quiero a Dina para mí. Por eso me marcho mañana con la «Gacela»…

BERNICK.—*(Vivamente.)* ¿Con la «Gacela»?

JUAN.—Sí. El capitán me prometió llevarme consigo. Me voy; venderé mi finca y arreglaré mis asuntos. Dentro de dos meses habré vuelto.

BERNICK.—¿Entonces hablarás?

JUAN.—Entonces el culpable cargará con su culpa.

BERNICK.—¿Olvidas que en ese caso también tendré que tomar sobre mí culpas que no he cometido?

JUAN.—¿Quién se ha aprovechado durante quince años de esa mentira infame?

BERNICK.—¡Me obligas a jugar a la desesperada! ¡Si hablas lo negaré todo! ¡Diré que es un complot contra mí, un acto de venganza! ¡Diré que habías venido para sacarme dinero!

LONA.—¿No te avergüenzas, Ricardo?

BERNICK.—¡Estoy desesperado, os digo, y lucho por mi vida! ¡Lo negaré todo!

JUAN.—Para ese caso conservo tus dos cartas. Las encontré en mi baúl con los demás papeles. Esta mañana las releí; son prueba suficiente.

BERNICK.—¿Y vas a enseñarlas?

JUAN.—Si es necesario, sí.

BERNICK.—¿Y dentro de dos meses estarás de vuelta?

JUAN.—Así lo espero. El viento es bueno. Dentro de tres semanas estoy en Nueva York… si la «Gacela» no se hunde.

BERNICK.—¡Hundirse! ¿Por qué iba a hundirse la «Gacela»?

JUAN.—Eso digo yo también.

BERNICK.—*(Con voz que apenas se oye.)* ¡Hundirse!

JUAN.—Ahora, Bernick, ya sabes lo que te espera. Entretanto tienes tiempo para reflexionar. ¡Adiós! Saluda a Betty de mi parte, a pesar de que no me ha recibido como una hermana. Pero quiero ver a Marta…; quiero que le diga a Dina… que me alabe… *(Vase por la última puerta de la izquierda.)*

BERNICK.—*(Para sí.)* ¡La «Gacela»!… *(Rápidamente.)* ¡Lona, tienes que impedirlo!

LONA.—Tú mismo has podido verlo, Ricardo. Ya no tengo influencia sobre él. *(Se va por la misma puerta que Juan.)*

BERNICK.—*(En gran agitación.)* ¡Hundirse!…

AULER.—*(Entra por la derecha.)* Perdone usted, señor cónsul. ¿Vengo acaso a destiempo?

BERNICK.—*(Volviéndose bruscamente.)* ¿Qué quiere usted?

AULER.—Quisiera hacerle una pregunta, señor cónsul.

BERNICK.—Bien; pero pronto. ¿Qué quería usted preguntarme?

AULER.—Quería preguntarle si es definitivo… ¿que yo sería despedido si la «Gacela» no pudiera hacerse mañana a la mar?

BERNICK.—¿A qué viene eso? El barco está ya listo…

AULER.—Sí, sí que lo está. ¿Pero si no lo estuviera sería despedido?

BERNICK.—¿A qué vienen esas preguntas inútiles?

AULER.—Quisiera tener seguridad, señor cónsul. Dígame usted, ¿sería despedido?

BERNICK.—¿Acostumbro a mantener mi palabra o no?

AULER.—De manera que mañana habría perdido la posición que tengo entre los míos, habría perdido mi influencia sobre los obreros y perdido toda ocasión de hacer bien a los humildes…

BERNICK.—¡Auler!…

AULER.—Bien; entonces la «Gacela» tiene que hacerse a la mar. *(Pausa corta.)*

BERNICK.—Oiga usted, yo no puedo tener los ojos en todas partes, no puedo ser responsable de todo… ¿Puede usted asegurarme que las reparaciones están bien hechas?

AULER.—Me dio usted un plazo muy corto, señor cónsul.

BERNICK.—Pero ¿las reparaciones están bien hechas?

AULER.—Hace buen tiempo… y es verano. *(Pausa corta.)*

BERNICK.—¿Tiene usted algo más que preguntar?

AULER.—Nada más, señor cónsul.

BERNICK.—De modo que la «Gacela»… se hará a la mar…

AULER.—¿Mañana?

BERNICK.—Sí.

AULER.—Está bien. *(Saluda y se va.)*

(Bernick se queda un momento indeciso; luego se va rápidamente hacia la puerta como si quisiera llamar a Auler, pero se para intranquilo con la mano en la cerradura. En el mismo momento se abre la puerta desde afuera y entra Krapp.)

KRAPP.—*(Bajo.)* Estuvo aquí. ¿Ha confesado?

BERNICK.—¡Hum!… ¿Ha descubierto usted algo?

KRAPP.—¿Era necesario todavía? ¿No se le veía en los ojos la mala conciencia, señor cónsul?

BERNICK.—¡Bah! Esas cosas no se ven. ¿Ha descubierto algo o no?

KRAPP.—No he podido ir; llegué demasiado tarde. Estaban ya preparándose para sacar el barco. Pero precisamente esa prisa prueba claramente que…

BERNICK.—No prueba nada. ¿Se ha verificado la inspección?

KRAPP.—Claro está, pero…

BERNICK.—Ya ve usted. ¿Y naturalmente no se ha encontrado nada que tachar?

KRAPP.—Señor cónsul, ya sabe usted cómo se hacen esas inspecciones, y mucho más en un astillero de tan buena fama como el nuestro.

BERNICK.—Es lo mismo, ya no tenemos responsabilidad alguna.

KRAPP.—¿De veras no le vio usted en la cara que…?

BERNICK.—Auler me ha tranquilizado por entero, le digo a usted.

KRAPP.—Y yo le digo a usted que estoy moralmente convencido de que…

BERNICK.—¿Qué significa eso, Krapp? Ya comprendo que Auler no le es simpático, pero si quiere usted atacarle tiene que buscar otra ocasión. Ya sabe usted qué interés tengo, o mejor dicho, tiene la casa armadora en que la «Gacela» se haga mañana a la mar.

KRAPP.—Bien, bien, como usted quiera… Pero si oímos que el barco… ¡Hum!… *(Wiegeland viene por la derecha.)*

WIEGELAND.—Buenos días, señor cónsul. ¿Tiene usted un momento para mí?

BERNICK.—Estoy a su disposición.

WIEGELAND.—Solo quería saber si usted es también de opinión de que la «Palmera» salga mañana.

BERNICK.—Claro, eso estaba ya acordado.

WIEGELAND.—Sí, pero ahora acaba de venir el capitán a decirme que había síntomas de tormenta…

KRAPP.—El barómetro ha bajado mucho.

BERNICK.—¿Sí? ¿Habrá tormenta de veras?

WIEGELAND.—Por lo menos viento muy fuerte; pero no viento contrario…

BERNICK.—¿Qué le parece a usted?

WIEGELAND.—Yo digo lo que le dije al capitán: la «Palmera» está en manos de la Providencia. Y luego no hace más que cruzar el mar del Norte. Y en Inglaterra los fletes tienen actualmente precios tan altos que…

BERNICK.—Sí, probablemente tendríamos pérdidas si esperásemos.

WIEGELAND.—El barco es sólido y además está asegurado. Mucho mayor es el peligro para la «Gacela»…

BERNICK.—¿Qué quiere usted decir?

WIEGELAND.—¿Sale también mañana?

BERNICK.—Sí; los armadores han apurado tanto, y luego…

WIEGELAND.—Pues si la vieja matraca se atreve a salir, y encima con una tripulación semejante, sería una vergüenza el que nosotros no…

BERNICK.—Bien, bien. ¿Probablemente traerá usted los documentos de a bordo?

WIEGELAND.—Sí, aquí están.

BERNICK.—Bien. ¿Tiene usted la bondad de ir con Krapp allá adentro?

KRAPP.—Enseguida estará despachado.

WIEGELAND.—Con mucho gusto. Y el éxito, señor cónsul, pongámoslo en manos del Altísimo. *(Entra con Krapp en la primera habitación de la izquierda. Entra por el jardín Rohrland.)*

ROHRLAND.—¡Oh! ¿Se le encuentra a usted a estas horas en casa, señor cónsul?

BERNICK.—*(Distraído.)* Ya lo ve usted.

ROHRLAND.—Yo venía realmente a ver a su esposa. Me parecía que acaso necesitase una palabra de consuelo.

BERNICK.—Muy posible. Pero también yo quisiera hablar un momento con usted.

ROHRLAND.—Con placer. ¿Pero qué le pasa? Está usted pálido y agitado.

BERNICK.—¿Sí? ¿De veras? ¡Y cómo podría ser de otro modo… con todo lo que se echa sobre mí! Mis negocios propios y luego… lo del ferrocarril… Oiga usted, permítame hacerle una pregunta.

ROHRLAND.—Con el mayor gusto, señor cónsul.

BERNICK.—Se me ocurrió de pronto esta idea: cuando se está ante una empresa muy grande, una empresa que va a fomentar el bienestar de miles de gentes, ¿si esta empresa exigiese un único sacrificio…?

ROHRLAND.—¿Qué quiere usted decir?

BERNICK.—Pongamos un ejemplo: Una persona quiere levantar una gran fábrica; sabe con certeza, pues la experiencia se lo ha enseñado, que más tarde o más temprano el funcionamiento de esa fábrica aniquilará vidas humanas…

ROHRLAND.—Sí, eso es muy probable.

BERNICK.—O se pone a explotar una mina. Toma a su servicio padres de familia, así como hombres jóvenes y sanos. ¿No se puede predecir con certeza que no todos los obreros volverán con vida?

ROHRLAND.—Sí; desgraciadamente, tiene usted razón.

BERNICK.—Bien. ¿De modo que esa persona sabe de antemano que la empresa que él inicia, sin duda alguna, costará un día vidas humanas? Pero esta empresa es de utilidad general; por cada vida que cueste, fomentará también, sin duda, el bienestar de cientos, de miles.

ROHRLAND.—¡Ah!, piensa usted en el ferrocarril, en todos esos trabajos de excavación, en las explosiones que…

BERNICK.—Sí, pienso en el ferrocarril; y además, el ferrocarril hará nacer fábricas y minas. Pero ¿no cree usted…?

ROHRLAND.—Creo que es usted demasiado escrupuloso. Creo que si pone usted su empresa en manos de la Providencia…

BERNICK.—Sí, sí… ¡Providencia!…

ROHRLAND.—No tiene usted por qué tener escrúpulos. Construya usted tranquilamente su ferrocarril.

BERNICK.—Pero ahora quiero suponer un caso más concreto. Supongamos que es preciso hacer explotar un barreno en un sitio peligroso; sin este barreno el ferrocarril no puede hacerse. Supongamos que el ingeniero sabe que el obrero que prenda fuego a la mecha perderá la vida; pero es preciso que el barreno explote, y el ingeniero tiene el deber de enviar allá un obrero que prenda fuego…

ROHRLAND.—¡Hum!…

BERNICK.—Ya sé lo que va usted a decir. Sería una gran acción que el ingeniero mismo cogiera la mecha y la encendiese. Pero eso no se hace. Por consiguiente, tiene que sacrificar un trabajador.

ROHRLAND.—Ningún ingeniero haría eso entre nosotros.

BERNICK.—En los grandes países ningún ingeniero tendría escrúpulo en hacerlo.

ROHRLAND.—¿En los grandes países? Ahí ya lo creo. En esa sociedad fementida y sin conciencia…

BERNICK.—¡Oh, esa sociedad tiene algunas cosas buenas!

ROHRLAND.—¿Y eso lo dice usted, usted que…?

BERNICK.—En las grandes sociedades hay espacio para emprender una grande obra; se tiene valor para hacer sacrificios a una causa grande; pero aquí se está atado por toda clase de consideraciones y escrúpulos.

ROHRLAND.—¿Es que una vida humana es una consideración pequeña?

BERNICK.—Cuando esa vida humana se opone al bienestar de miles…

ROHRLAND.—Pero usted pone casos inconcebibles, señor cónsul. Hoy no le entiendo. Habla usted de los grandes países. Sí, allí…, ¿qué vale allí la vida de un hombre?… Allí se cuentan las vidas de los hombres como capitales. Pero nosotros tenemos un punto de vista moral completamente distinto. ¡Vea usted nuestros honrados armadores!… Dígame un solo armador de los nuestros que por una miserable ganancia sacrificase una vida humana. Y luego piense usted en esos bribones de los grandes países que echan al mar barcos sin condiciones marineras, uno tras otro…

BERNICK.—Yo no hablaba de barcos.

ROHRLAND.—Pero yo sí.

BERNICK.—¿Para qué? Eso no tiene nada que ver con nuestro asunto. ¡Oh, estas consideraciones pacatas!… Si entre nosotros un general enviara al fuego las tropas y le matasen algunas, no podría dormir. En otras partes no es así. ¡Habría usted de oír lo que ese cuenta!…

ROHRLAND.—¿Ese? ¿Quién? ¿El americano?

BERNICK.—Sí. ¡Habría usted de oír lo que hacen en América!…

ROHRLAND.—¿Está aquí? ¡Y no me decía usted nada!… Enseguida voy…

BERNICK.—No le sirve de nada; no puede usted nada contra él.

ROHRLAND.—¡Eso lo veremos!… ¡Ahí está! *(Juan sale de la habitación de la izquierda.)*

JUAN.—*(Desde la puerta, que está abierta, hablando hacia adentro.)* Sí, sí, Dina; quedamos en eso. No la dejo a usted. Volveré, y todo se arreglará.

ROHRLAND.—Perdone usted. ¿Qué significa eso? ¿Qué quiere usted?

JUAN.—Quiero que la mujer ante quien me calumnió usted tan miserablemente ayer sea mi mujer.

ROHRLAND.—¿Yo?… ¿Y puede usted creer que…?

JUAN.—Que se casará conmigo, sí.

ROHRLAND.—Bien; entonces va usted a saber… *(Va hacia la puerta entreabierta.)* Señora Bernick, venga usted a ser testigo…, y usted también, Marta; y deje usted que venga Dina. *(Viendo a Lona.)* ¡Ah! ¿Está usted ahí también?

LONA.—*(En la puerta.)* ¿Puedo entrar yo también?

ROHRLAND.—Todos los que quieran; cuantos más, mejor.

BERNICK.—¿Qué va usted a hacer? *(Lona, la señora Bernick, Marta, Dina e Hilmar entran.)*

SEÑORA BERNICK.—Señor coadjutor, a pesar de mis esfuerzos, no he podido impedir…

ROHRLAND.—¡Yo se lo impediré, señora Bernick! Dina, es usted una muchacha imprudente. Pero no quiero censurarla demasiado. Ha estado usted mucho tiempo sin el apoyo moral que la hubiera sostenido. A mí mismo es a quien tengo que censurarme por no haberle prestado antes ese apoyo…

DINA.—¡Ahora no debe usted hablar!

SEÑORA BERNICK.—Pero ¿qué es esto?

ROHRLAND.—Precisamente ahora es cuando quiero hablar, a pesar de que su conducta de ayer y de hoy me lo ha dificultado. Pero todas las consideraciones tienen que caer ante la de su salvación… Se acordará usted de la promesa que la hice. Se acordará usted también de lo que me prometió contestarme cuando yo creyese que había llegado el momento… Ahora no puedo vacilar más tiempo, y por eso… *(A Juan.)* ¡Esta mujer a quien usted pretende es mi novia!

SEÑORA BERNICK.—¿Qué dice usted?

BERNICK.—¡Dina!

JUAN.—¡Ella! ¿Su…?

MARTA.—¡No, no, Dina!

LONA.—¡Es mentira!

JUAN.—¡Dina!… ¿Dice la verdad este hombre?

DINA.—*(Tras corta vacilación.)* Sí.

ROHRLAND.—Con esto espero que quedarán vencidas todas las artes de seducción. El paso que decido dar en vuestro provecho será conocido en todos los círculos de nuestra sociedad. Espero que no sea mal interpretado. Y ahora, señora Bernick, creo que lo mejor es llevarla de aquí, y tratemos de volver el equilibrio a su ánimo.

SEÑORA BERNICK.—Sí, ven. ¡Oh, Dina, qué felicidad para ti! *(Se lleva a Dina por la izquierda. Rohrland les sigue.)*

MARTA.—¡Adiós, Juan! *(Se va.)*

HILMAR.—*(En la puerta del jardín.)* ¡Hum!… La verdad es que…

LONA.—*(Que ha seguido con la vista a Dina.)* ¡No pierdas el ánimo, Juan! ¡Yo me quedo aquí, y vigilaré al pastor! *(Se va por la derecha.)*

BERNICK.—¡Juan, ahora no te irás en la «Gacela»!

JUAN.—Más que nunca.

BERNICK.—¿Pero para no volver?

JUAN.—Volveré.

BERNICK.—¿Después de esto? ¿Qué vas a hacer aquí?

JUAN.—¡Vengarme de vosotros! ¡Destruir cuantos pueda de vosotros! *(Se va por la derecha. Wiegeland y Krapp salen del despacho del cónsul.)*

WIEGELAND.—Ya están en orden los documentos, señor cónsul.

BERNICK.—Bien, bien.

KRAPP.—*(Bajo.)* ¿De modo que está decidido que la «Gacela» salga mañana?

BERNICK.—Saldrá mañana. *(Se va a su despacho. Wiegeland y Krapp se van por la derecha. Hilmar quiere seguirlos; pero en el mismo momento Olaf saca con cuidado la cabeza por la puerta de la izquierda.)*

OLAF.—¡Tío! ¡Tío Hilmar!

HILMAR.—¡Cómo! ¿Tú aquí? ¿Por qué no te quedas arriba? ¡Si estás arrestado!

OLAF.—*(Dando algunos pasos hacia él.)* ¡Chist! ¿Sabes una cosa, tío?

HILMAR.—Sé que te han zurrado hoy.

OLAF.—*(Mirando amenazador hacia el despacho de su padre.)* ¡No me pegará muchas veces! Pero ¿no sabes que tío Juan se marcha mañana con el americano?

HILMAR.—¿Qué te importa eso a ti? ¡Vete arriba inmediatamente!

OLAF.—Puede ser que un día vaya yo también a cazar búfalos.

HILMAR.—¡No digas tonterías, chico! ¡Un gallina como tú!…

OLAF.—¡Espera! ¡Mañana verás!…

HILMAR.—¡Majadero! *(Se va al jardín. Olaf corre a la habitación y cierra la puerta, cuando ve a Krapp que entra por la derecha.)*

KRAPP.—*(Va a la puerta del cónsul y la entreabre.)* Perdone usted, señor cónsul, que vuelva otra vez; pero se va a levantar una tormenta muy fuerte… *(Espera un momento. No le contestan.)* ¿A pesar de eso debe hacerse a la mar la «Gacela»?

BERNICK.—*(Desde su despacho.)* La «Gacela» se hace a la mar, a pesar de eso.

(Krapp cierra la puerta y se va por la derecha.)

Acto cuarto

El mismo salón en casa de Bernick. La mesa de trabajo ha desaparecido. Es una tarde tempestuosa. Ha comenzado ya la oscuridad, que va en aumento durante lo que sigue. Un criado enciende las arañas; dos criadas traen quinqués y candeleras, que colocan sobre la mesa y sobre los demás muebles. Rummel, en frac, con guantes y corbata blanca, está dando órdenes en medio de la habitación.

RUMMEL.—*(Al criado.)* Nada más que la mitad de las luces, Jacobo. Que no tenga demasiado aspecto de fiestas, porque debe ser una sorpresa. ¿Y todas esas flores?… Bueno, déjelas estar; pueden creer que están ahí a diario.

(Bernick sale de su despacho.)

BERNICK.—*(En la puerta.)* ¿Qué quiere decir esto?

RUMMEL.—¡Ay!… ¿Estás tú ahí? *(A los criados.)* Bien, entonces podéis marcharos por ahora.

(El criado y las criadas se van por la última puerta de la izquierda.)

BERNICK.—*(Aproximándose.)* Pero… Rummel, ¿qué significa esto?

RUMMEL.—Esto significa que ha llegado el momento de mayor orgullo de tu vida. La ciudad obsequia esta noche con una serenata al primero de sus hijos.

BERNICK.—¿Qué dices?

RUMMEL.—Habrá música. Querían traer también antorchas, pero no es posible con una noche tan tempestuosa como esta. Pues iluminemos nosotros; eso suena muy bien cuando después se lee en los periódicos.

BERNICK.—Oye, Rummel; no quiero nada de esas cosas.

RUMMEL.—Es demasiado tarde ya; dentro de media hora estarán aquí.

BERNICK.—Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

RUMMEL.—Precisamente porque temía que pudieras hacer objeciones. Me puse al habla con tu mujer, que me permitió arreglar un poco esto, y ella se encarga de los refrescos.

BERNICK.—*(Escuchando.)* ¿Qué es eso? ¿Vienen ya? Creo que oigo cantar.

RUMMEL.—*(Yendo a la puerta del jardín.)* ¿Cantar? ¡Ah, son los americanos! Va a salir la «Gacela».

BERNICK.—¡La «Gacela»!… Sí… No, esta noche no puedo, Rummel; estoy enfermo.

RUMMEL.—Sí, tienes mal aspecto. Pero es preciso que te domines. ¡Si supieras lo que Altstedt y Wiegeland y yo hemos hecho para conseguir esto! Es preciso aplastar a nuestros adversarios bajo el peso de una opinión todo lo general posible. Circulan rumores por la ciudad, no puede reservarse por más tiempo la noticia de las compras. Esta noche, entre canto y discursos, en medio de la fiesta espumeante, tienes que hacerles saber cuánto has arriesgado en beneficio de la sociedad. Con un tal humor de fiesta espumeante, como acabo de decir, puede hacerse mucho. Pero ese humor tiene que existir; si no, no resulta.

BERNICK.—Sí, sí, sí.

RUMMEL.—Y principalmente al salir a luz un punto tan difícil y tan delicado. A Dios gracias, con tu nombre puedes osarlo, Bernick. Pero ahora escúchame; es preciso que nos pongamos de acuerdo. Hilmar ha escrito el texto y la música de una canción dirigida a ti. Es muy hermosa y empieza con las palabras «¡Arriba la bandera espiritual!»; y Rohrland tiene el encargo de pronunciar un discurso, que tú tendrás, naturalmente, que contestar.

BERNICK.—Esta noche no puedo, Rummel. ¿No podrías tú…?

RUMMEL.—Imposible, aunque quisiera. El discurso estará dirigido a ti, naturalmente. Pero quizás nos diga también a nosotros unas palabras. Ya he hablado de ello con Altstedt y Wiegeland. Nos pareció que tú podías contestar con un brindis por la prosperidad de la ciudad; Altstedt dirá algunas palabras sobre la armonía entre las diversas clases sociales; Wiegeland dirá unas palabras acerca de la necesidad de que la base moral sobre que ahora descansamos no sea dañada por la nueva empresa, y yo pienso recordar a las mujeres, cuya obra más modesta no deja de tener importancia para la sociedad. Pero ¿no oyes?…

BERNICK.—Sí, sí que oigo. Pero dime, ¿crees que estará peligroso el mar?

RUMMEL.—¡Ah!… ¿Temes por la «Palmera»? Está bien asegurada…

BERNICK.—¡Sí, asegurada! Pero…

RUMMEL.—Y en buen estado; eso es lo esencial.

BERNICK.—Sí…, pero si le ocurre algo al barco, puede suceder que perezcan gentes… Puede perderse el barco y la carga…, baúles y papeles…

RUMMEL.—¡Bah, baúles y papeles no tienen gran importancia!

BERNICK.—No, solo quería decir… Oye, cantan otra vez.

RUMMEL.—Es a bordo de la «Palmera». *(Wiegeland entra por la derecha.)*

WIEGELAND.—Sí, ahora sale la «Palmera». ¡Buenas noches!

BERNICK.—Y usted, como entendido, sigue creyendo que…

WIEGELAND.—Sigo creyendo en la Providencia, señor cónsul; además, yo mismo he estado a bordo y les he repartido unas lecturas piadosas de las que me propongo una acción bienhechora. *(Entran Altstedt y Krapp.)*

ALTSTEDT.—*(En la puerta.)* Sí, si esto sale bien, todo saldrá bien. ¡Ah, buenas noches!

BERNICK.—¿Ha ocurrido algo, Krapp?

KRAPP.—Yo no digo nada, señor cónsul.

ALTSTEDT.—La tripulación de la «Gacela» está completamente borracha; no creo que esos locos salgan con vida de esta. *(Entra Lona.)*

LONA.—*(A Bernick.)* Ya puedo saludarte de su parte.

BERNICK.—¿A bordo ya?

LONA.—Muy pronto al menos. Nos despedimos delante del Hotel.

BERNICK.—¿Sigue decidido?

LONA.—Inconmoviblemente.

RUMMEL.—¡Vayan al diablo estas invenciones de nueva moda! No puedo bajar los visillos.

LONA.—¿Hay que bajarlos? Yo creería que al contrario…

RUMMEL.—Por de pronto hay que bajarlos, señorita. Supongo que sabrá usted lo que se prepara.

LONA.—Sí. Déjeme que le ayude. *(Cogiendo los cordeles.)* Quiero bajar los visillos para mi cuñado, aunque me gustaría más subirlos.

RUMMEL.—Después podrá usted hacerlo. Cuando el jardín esté lleno de gente levantaremos los visillos y se verá aquí adentro una familia alegremente sorprendida… La casa del buen ciudadano debe ser de cristal.

(Bernick parece como si quisiera decir algo; pero se vuelve rápidamente y entra en su despacho.)

RUMMEL.—Tomemos las últimas disposiciones. Venga usted con nosotros, Krapp; tiene usted que ayudarnos con algunas explicaciones. *(Los señores entran en el despacho del cónsul. Lona ha echado los visillos de las ventanas y va a echar la cortina de la puerta de cristales, cuando Olaf salta desde arriba a la escalera del jardín. Lleva una capa sobre los hombros y un hatillo en la mano.)*

LONA.—¡Que Dios te perdone, muchacho; cómo me has asustado!

OLAF.—*(Escondiendo el hatillo.)* ¡Chist, tía!

LONA.—¿Has saltado por la ventana? ¿Adónde quieres ir?

OLAF.—¡Chist!… No digas nada. Voy a ver a tío Juan… Nada más que bajar al muelle… a decirle adiós. ¡Buenas noches, tía! *(Sale corriendo por el jardín.)*

LONA.—¡No, quédate aquí! ¡Olaf! ¡Olaf! *(Juan entra con precaución por la puerta de la derecha en traje de viaje, con un morral a la espalda.)*

JUAN.—¡Lona!…

LONA.—*(Volviéndose.)* ¿Cómo? ¿Ya vuelves?

JUAN.—Tengo todavía unos minutos. Tengo que verla una vez. No podemos separarnos así.

(Marta y Dina, las dos con abrigo, y la última con una bolsa de viaje pequeña en la mano, entran por la última puerta de la izquierda.)

DINA.—¡Con él…, con él!

MARTA.—¡Sí, irás con él, Dina!

LONA.—¡Ahí está!

JUAN.—¡Dina!…

DINA.—¡Lléveme consigo!

JUAN.—¡Cómo!

LONA.—¿Quieres…?

DINA.—¡Sí, lléveme consigo! El otro me ha escrito; dice que esta noche haría saber a todo el mundo…

JUAN.—Dina, ¿no le quiere usted?

DINA.—No le he querido nunca. ¡Me tiro al mar antes de ser su mujer! ¡Oh, cómo me ofendió con sus orgullosos discursos de ayer! ¡Cómo me hizo sentir que elevaba hasta él a una humilde criatura! ¿Usted quiere que se me trate con desprecio? ¡Quiero irme! ¿Puedo irme con usted?

JUAN.—¡Sí, sí; mil veces sí!

DINA.—No he de pesar mucho sobre usted; ayúdeme a llegar hasta allí; ayúdeme usted un poco al principio…

JUAN.—¡Hurra!; ya se arreglará todo, Dina.

LONA.—*(Señalando hacia el despacho del cónsul.)* ¡Chist! ¡Bajo! ¡Bajo!

JUAN.—¡Dina, la ayudaré a usted en todo!

DINA.—Eso no se lo permito. Quiero ayudarme a mí misma, y allí podré hacerlo. Con tal de que salga de aquí. ¡Oh!, esas señoras…, no lo sabe usted…, me han escrito también. Me amonestan para que reconozca la felicidad que me ha cabido en suerte y me ponderan lo generoso que se ha mostrado conmigo. Mañana, y pasado mañana, y todos los días me vigilarán a ver si me hago digna de tal felicidad. ¡Me horroriza toda esa decencia!

JUAN.—Diga usted, Dina, ¿no se va más que por eso? ¿No soy yo nada para usted?

DINA.—Sí, Juan; usted es para mí más que nadie en el mundo.

JUAN.—¡Oh, Dina…!

DINA.—Todos me dicen que debo odiarle y maldecirle, que es mi deber; pero yo no comprendo tal deber ni lo comprenderé nunca.

LONA.—¡Ni lo necesitas, hija mía!

MARTA.—Y no debes comprenderlo, y por eso debes seguirle como su mujer.

JUAN.—¡Sí, sí!…

LONA.—¿Cómo? ¡Mereces que te bese, Marta! ¡Eso no lo hubiera esperado de ti, Marta!

MARTA.—Creo que ni yo misma lo hubiese esperado. ¡Pero alguna vez tenía que romperse el hielo! ¡Oh, cómo sufrimos aquí bajo nuestras costumbres y nuestra moralidad! ¡Sublévate contra ellas, Dina! ¡Sé su mujer!… ¡Tiene que ocurrir algo que azote en la cara toda esta decencia pacata!

JUAN.—¿Qué responde usted, Dina?

DINA.—Sí, quiero ser su mujer.

JUAN.—¡Dina!…

DINA.—Pero antes quiero trabajar, ser algo. No quiero ser una cosa que se toma.

LONA.—Eso es. Así debe ser.

JUAN.—Bien; yo aguardo y espero…

LONA.—…hasta que la consigas, Juan. Pero ahora a bordo.

JUAN.—¡Sí, a bordo! ¡Ah, Lona, hermana mía, una palabra!… *(La lleva al fondo y habla rápidamente con ella.)*

MARTA.—¡Dina, mi Dina feliz! Deja que te vea, que te bese… por última vez…

DINA.—¡No por última vez! ¡No, mi buena y querida tía; nos volveremos a ver!

MARTA.—¡Nunca! ¡Prométemelo, Dina, no vuelvas nunca! *(Coge sus dos manos y la contempla.)* Ahora vas en busca de la felicidad, hija mía querida, al otro lado del mar. ¡Oh, cuántas veces en mi escuela lo he deseado! Allá afuera debe ser hermoso… El cielo será más amplio… Las nubes están más altas que aquí y el aire que envuelve a los hombres es más libre…

DINA.—¡Oh, tía Marta, un día nos seguirás!

MARTA.—¿Sí? Nunca; nunca. La pequeña labor de mi vida…

DINA.—Tener que vivir siempre separada de ti…; no puedo soportar ese pensamiento.

MARTA.—El hombre puede separarse de muchas cosas, Dina. *(La besa.)* Prométeme hacerle feliz, hija mía.

DINA.—No quiero prometer nada; odio todas las promesas; que todo venga como Dios quiera.

MARTA.—Sí, así hay que ser; sigue como eres…, verdadera y fiel a ti misma.

DINA.—Lo haré, tía.

LONA.—*(Se guarda en el bolsillo algunos papeles que Juan le ha dado.)* Bien, querido Juan; pero ahora en marcha.

JUAN.—Sí, no hay tiempo que perder. ¡Adiós, Lona! ¡Gracias por tu cariño! ¡Adiós, Marta, y gracias también por tu fiel amistad!

MARTA.—¡Adiós, Juan! ¡Adiós, Dina! ¡Sed felices! *(Ella y Lona van a la puerta del fondo. Juan y Dina se alejan rápidamente por el jardín. Lona cierra la puerta y echa la cortina.)*

LONA.—Ahora estamos solas, Marta. Tú la has perdido a ella y yo a él.

MARTA.—¿Tú… a él?

LONA.—¡Oh!, ya medio lo había perdido allá abajo. Quería vivir por su cuenta; por eso le hice creer que sentía nostalgias de la tierra.

MARTA.—¿Por eso? Ahora comprendo que vinieras. Pero te volverá a llamar, Lona.

LONA.—Una vieja herramienta…, ¿para qué sirve? Los hombres rompen muchos lazos para conseguir la felicidad.

MARTA.—Sí que lo hacen…

LONA.—Pero nosotras dos nos sostendremos, Marta.

MARTA.—¿Puedo yo ser algo para ti?

LONA.—¿Quién más que tú? ¿No hemos perdido a nuestros hijos? Ahora estamos solas.

MARTA.—Sí, solas. Y por eso quiero decírtelo…, le he amado…

LONA.—¡Marta!… *(Cogiendo sus manos.)* ¿Es verdad?

MARTA.—Toda mi vida está encerrada en esas palabras. Le he amado y le he esperado. Verano tras verano aguardaba que viniera. Y volvió…; pero no me vio.

LONA.—¡Le amabas! ¡Y tú misma pusiste en sus manos la felicidad!

MARTA.—Si le amaba, ¿cómo no iba a hacerlo? Sí, le he amado. Mi vida entera le ha pertenecido… desde que marchó. ¿Dices que qué fundamento tenía para esperar? ¡Algún fundamento tenía! Pero cuando llegó, fue como si todo se hubiese borrado en su memoria… No me veía…

LONA.—Dina te puso en la sombra, Marta.

MARTA.—Está bien que fuese así. Cuando se marchó éramos de la misma edad; al volverle a ver, ¡oh, qué terrible momento!, comprendí que yo era diez años más vieja que él. Él había andado allá afuera a la luz temblorosa del sol claro y con cada aliento había aspirado vida y salud, y yo, entretanto, esperaba aquí e hilaba, hilaba…

LONA.—El hilo de su dicha, Marta.

MARTA.—Sí, lo que tejía era oro. ¡Sin amargura! ¿Verdad, Lona, que hemos sido dos buenas hermanas para él?

LONA.—*(Rodeándola con su brazo la cintura.)* ¡Marta!…

(Bernick sale de su despacho.)

BERNICK.—*(Hacia el despacho.)* Sí, haced lo que queráis. Cuando llegue el momento ya veré… *(Cierra la puerta.)* ¡Ah! ¿Estáis ahí? Oye, Marta, tienes que componerte un poco y di a Betty que lo haga también. Nada de lujos; una *toilette* casera nada más. Pero apresuraos.

LONA.—Y caras dichosas y ojos brillantes…

BERNICK.—Olaf que baje también; quiero tenerle aquí, a mi lado.

LONA.—¡Hum!… ¡Olaf!…

MARTA.—Se lo diré a Betty. *(Se aleja por la última puerta de la izquierda.)*

LONA.—¿De modo que ha llegado el gran momento solemne?

BERNICK.—*(Que pasea intranquilo arriba y abajo.)* Sí, ha llegado.

LONA.—En un momento semejante debe uno sentirse orgulloso y feliz…

BERNICK.—*(Mirándola.)* ¡Hum!…

LONA.—Van a iluminar toda la ciudad, dicen.

BERNICK.—Sí, creo que sí.

LONA.—Todas las Sociedades aparecerán con sus banderas. Tu nombre lucirá en letras de fuego. A todo el país se telegrafiará hoy: «Rodeado de su familia recibió el cónsul Bernick — uno de los sostenes de la sociedad — los homenajes de sus convecinos».

BERNICK.—Eso de seguro, y darán vivas allá afuera y gritarán para que salga a la puerta, y me veré obligado a inclinarme y dar las gracias…

LONA.—¡Obligado!…

BERNICK.—¿Crees que me siento feliz en este momento?

LONA.—No, no creo que puedes sentirte completamente feliz.

BERNICK.—¡Lona, tú me desprecias!

LONA.—Todavía no.

BERNICK.—Ni tienes derecho tampoco. ¡No tienes derecho a despreciarme! Lona, no puedes comprender lo infinitamente abandonado que me siento en esta sociedad mezquina, cómo he tenido que reducir año por año las aspiraciones de mi vida. ¿Qué es lo que he hecho por mucho que pueda parecer? Trabajo de detalle, filigrana. Pero aquí no se tolera otra cosa. Si quisiera ir un paso más lejos que la opinión del día, habría terminado inmediatamente mi poder. ¿Sabes lo que somos nosotros a quienes se considera los sostenes de la sociedad? Los instrumentos de la sociedad, ni más ni menos.

LONA.—¿Por qué ves eso ahora precisamente?

BERNICK.—Porque en el último tiempo, desde que tú estás aquí…, y, sobre todo, esta noche he reflexionado mucho. ¡Oh, Lona…, por qué te conocía tan poco en aquellos tiempos!…

LONA.—¿Y bien?…

BERNICK.—No debía haberte abandonado nunca; si te hubiera tenido a mi lado no estaría donde ahora estoy.

LONA.—¿Y no piensas en lo que podía haber sido para ti la que escogiste en mi lugar?

BERNICK.—Lo que sé es que no ha sido lo que yo quería.

LONA.—Porque no has compartido nunca con ella tu vida; porque no has estado en una relación franca y libre con ella; porque dejas que se atormente a sí misma por la vergüenza en que tú has puesto a los suyos.

BERNICK.—Sí, sí, todo eso viene de la mentira.

LONA.—Entonces ¿por qué no rompes con la mentira?

BERNICK.—¿Ahora? Ahora es demasiado tarde, Lona.

LONA.—Dime, Ricardo, ¿qué satisfacción te proporcionan estas falsedades y apariencias?

BERNICK.—No me proporcionan ninguna. No me importaría arruinarme y que se arruinase toda esta mezquina sociedad. Pero tras nosotros viene otra generación; para mi hijo es para quien trabajo, para prepararle una vida verdadera. Ha de venir un tiempo en que la verdad penetre en la vida social, y en él encontrará una existencia más dichosa que lo ha sido la de su padre.

LONA.—¿Con una mentira como base? ¡Piensa en la herencia que legas a tu hijo!

BERNICK.—*(Con desesperación contenida.)* Le lego una herencia mil veces peor de lo que tú crees. Pero alguna vez tiene que cesar la maldición. Y, sin embargo…, sin embargo… *(Estallando.)* ¿Cómo pudisteis conjurar todo esto contra mí? Mas lo que ha sido, ha sido. Tengo que seguir adelante. No puedo hacer alto. ¡Pero no conseguiréis aniquilarme!

(Hilmar, con un papel en la mano, entra por la derecha rápidamente y muy agitado.)

HILMAR.—¡Pero esto es horrible!… ¡Betty! ¡Betty!

BERNICK.—¿Qué sucede? ¿Vienen ya?

HILMAR.—No, no; pero es preciso que yo hable con… *(Sale por la puerta izquierda del fondo.)*

LONA.—Ricardo…, decías que habíamos venido para aniquilarte… Pues bien; déjame que te explique de qué metal está hecho ese hijo pródigo, del que vuestra moral sociedad huye como de un apestado. Ahora puede reírse de vosotros, porque se ha marchado.

BERNICK.—Pero para volver…

LONA.—Juan no volverá nunca. Ha dejado este pueblo para siempre, y Dina se ha ido con él.

BERNICK.—¿Que no vuelve? ¿Que Dina se ha ido con él?

LONA.—Sí, y para ser su mujer. Así escupen los dos a la cara a vuestra virtuosa sociedad…, como yo un tiempo.

BERNICK.—¡Se han ido!… ¡Ella también!… ¡En la «Gacela»!…

LONA.—No; semejante tesoro no podía confiarse a esos desalmados. Juan y Dina se han ido en la «Palmera».

BERNICK.—¡De modo que en vano…! *(Atraviesa rápidamente la escena, empuja la puerta de su habitación y llama.)* ¡Krapp, detenga usted la «Gacela»! ¡Que no salga al mar!

KRAPP.—*(Desde dentro.)* ¡La «Gacela» ha zarpado ya, señor cónsul!

BERNICK.—*(Cierra la puerta y dice con desaliento.)* ¡Demasiado tarde… y en vano!…

LONA.—¿Qué quieres decir?

BERNICK.—Nada, nada, aléjate de mí.

LONA.—¡Hum!… Oye, Ricardo. Juan me encargó que te dijese que me confía el buen nombre que un día te prestó, así como el que tú le robaste cuando él estaba ausente. Juan calla y yo puedo disponer a mi antojo en este asunto. Aquí tengo las dos cartas.

BERNICK.—¡Tú las tienes! Y ahora… quieres…, esta noche ya… Acaso durante la serenata.

LONA.—No he venido aquí para delatar, sino para despertarte, para que hablases voluntariamente. No lo he conseguido. Sigue, pues, en tu mentira. Mira, rompo las cartas. Toma los pedazos; ahí los tienes. Ya no existe lo que podía testimoniar contra ti. Ahora estás seguro. Sé, pues, feliz… si puedes.

BERNICK.—*(Emocionado.)* Lona, ¿por qué no lo has hecho antes? Ahora es demasiado tarde. He tirado mi vida…, me será imposible seguir viviendo.

LONA.—¿Qué ha ocurrido aquí?

BERNICK.—No me preguntes. Y, a pesar de todo, ¡tengo que vivir! ¡Quiero vivir…, por mi hijo! Él lo reparará todo.

LONA.—Ricardo…

(Hilmar viene muy de prisa.)

HILMAR.—No se encuentra a nadie. A Betty tampoco.

BERNICK.—¿Qué tienes?

HILMAR.—No me atrevo a decirlo.

BERNICK.—¿Qué es? Debes decirlo y tienes que decirlo.

HILMAR.—Vaya, pues. Olaf se ha marchado en la «Gacela».

BERNICK.—*(Retrocediendo.)* ¡Olaf… en la «Gacela»! ¡No, no! ¡Mientes!

LONA.—Sí, es verdad. Ahora comprendo… Le vi tirarse por la ventana.

BERNICK.—*(En la puerta de su despacho grita desesperado.)* ¡Krapp, hay que detener a cualquier precio la «Gacela»!

KRAPP.—*(Saliendo.)* Imposible, señor cónsul. ¿Cómo puede usted creer que…?

BERNICK.—¡Hay que detenerla; Olaf va a bordo!

KRAPP.—¡Qué dice usted!…

ALTSTEDT.—*(Entrando.)* Lo enviarán con el práctico, señor cónsul.

HILMAR.—No, no; me ha escrito. *(Enseñando el papel.)* Dice que se esconderá entre la carga hasta que el barco esté en alta mar.

BERNICK.—¡No le volveré a ver más!

RUMMEL.—¡No digas eso!… Un barco sólido…, que acaba de ser reparado…

WIEGELAND.—*(Que ha salido también.)* …en su propio astillero, señor cónsul…

BERNICK.—¡Os digo que no le volveré a ver! Lo he perdido, Lona, y ahora lo veo, no ha sido mío nunca… *(Escuchando.)* ¿Qué es eso?

RUMMEL.—Música. La gente viene.

BERNICK.—¡No puedo, no quiero recibir a nadie!

RUMMEL.—¿Qué dices? Eso es imposible.

ALTSTEDT.—Imposible, señor cónsul; piense usted en lo que está en juego.

BERNICK.—¿Qué me importa todo eso? ¿Para quién voy a trabajar en adelante?

RUMMEL.—¿Y puedes preguntarlo? Nos tienes a nosotros y a la sociedad.

WIEGELAND.—Es verdad.

ALTSTEDT.—Y no olvidará usted, señor cónsul, que nosotros…

(Marta entra de la última puerta a la izquierda. Se oye música lejana que viene de la calle.)

MARTA.—La gente viene; pero Betty no está en casa; no comprendo dónde…

BERNICK.—¡No está en casa!… Ya lo ves, Lona; no tengo apoyo ninguno, ni en el dolor ni en la alegría.

RUMMEL.—¡Fuera las cortinas! Ayúdeme usted, Krapp. Y también Altstedt. ¡Lástima que la familia esté tan descarriada ahora, completamente contra el programa!

(Se suben las cortinas. En la casa de enfrente hay una inscripción que dice: «¡Viva el cónsul Bernick, el sostén de nuestra sociedad!»)

BERNICK.—*(Retrocediendo hosco.)* ¡Fuera con todo esto! ¡No quiero verlo! ¡Apagad, apagad!

RUMMEL.—Pero ¿estás en tu juicio?

MARTA.—¿Qué le pasa, Lona?

LONA.—¡Chist! *(Habla con ella en voz baja.)*

BERNICK.—¡Fuera esa inscripción sarcástica, os digo! ¿No veis que todas esas luces nos están sacando la lengua?

RUMMEL.—La verdad es que…

BERNICK.—¿No lo entiendes? ¡Yo sí, yo…! ¡Todas esas son luces funerarias!

KRAPP.—¡Hum!…

RUMMEL.—Mira, lo tomas demasiado a pecho.

ALTSTEDT.—El chico pasa el mar, y luego vuelve.

WIEGELAND.—Ponga usted su confianza en el Altísimo, señor cónsul.

RUMMEL.—Y en el barco, Bernick. ¡No parece sino que está a punto de hundirse!

KRAPP.—¡Hum!…

RUMMEL.—Si fuese un ataúd flotante como esos que los grandes países…

BERNICK.—Lo siento… ¡Oh, oh!…

(La señora Bernick, con un pañuelo sobre la cabeza, entra por el jardín.)

SEÑORA BERNICK.—¡Ricardo, Ricardo!, ¿sabes…?

BERNICK.—¡Sí, lo sé!… ¡Pero tú…, que no ves…, que no tienes sobre él tus ojos maternales…!

SEÑORA BERNICK.—¡Pero escucha!…

BERNICK.—¿Por qué no has velado por él? ¡Ahora lo he perdido! ¡Devuélvemelo, si puedes!

SEÑORA BERNICK.—Sí que puedo; lo tengo yo.

BERNICK.—¿Lo tienes?

LOS SEÑORES.—¡Ah!…

HILMAR.—¡Ya me lo figuraba yo!…

MARTA.—¡Ahí lo tienes, Ricardo!

LONA.—¡Sí, y ahora merécelo!

BERNICK.—¿Lo tienes?… ¿Es de veras?… ¿Dónde está?

SEÑORA BERNICK.—No te lo digo hasta que lo hayas perdonado.

BERNICK.—¡Bah…, perdonar…! Pero ¿cómo has sabido…?

SEÑORA BERNICK.—¿Crees que una madre no ve? Tenía un miedo mortal de que pudieras adivinar algo. Unas palabras que se le escaparon ayer…, y como su cuarto estaba vacío, y sus vestidos…

BERNICK.—¿Y qué?…

SEÑORA BERNICK.—Salí corriendo; encontré a Auler; salimos en su bote; el barco iba a zarpar. ¡A Dios gracias, llegábamos a tiempo!… Subimos a bordo; registramos el barco; lo encontramos… ¡Oh, Ricardo, no le castigues!

BERNICK.—¡Betty!…

SEÑORA BERNICK.—¡Ni a Auler tampoco!

BERNICK.—¿Auler?… ¿Qué sabes de él? ¿Se ha hecho a la mar la «Gacela»?

SEÑORA BERNICK.—No; eso es precisamente…

BERNICK.—¡Habla, di!…

SEÑORA BERNICK.—Auler estaba tan asustado como yo. El registro llevó tiempo; empezaba la oscuridad; el práctico ponía dificultades, y entonces Auler se atrevió, en nombre tuyo, a…

BERNICK.—¿A qué?

SEÑORA BERNICK.—A aplazar la partida del barco hasta mañana.

BERNICK.—¡Oh, qué felicidad infinita!…

SEÑORA BERNICK.—¿No estás incomodado?

BERNICK.—¡Oh, qué felicidad más grande, Betty!

RUMMEL.—Eres demasiado escrupuloso.

HILMAR.—Sí, en cuanto se trata de una pequeña lucha contra los elementos… ¡Oh, oh!…

KRAPP.—*(A la ventana.)* La comitiva entra por el jardín, señor cónsul.

BERNICK.—Ahora puede venir.

RUMMEL.—El jardín se llena de gente.

ALTSTEDT.—La calle está atestada.

RUMMEL.—Toda la ciudad está ahí, Bernick. Este es realmente un momento solemne.

WIEGELAND.—Gocemos de él con corazón humilde, señor Rummel.

RUMMEL.—¡Todas las banderas desplegadas! ¡Vaya un cortejo! Ahí está la Comisión de fiestas, con Rohrland a la cabeza.

BERNICK.—¡Déjalos que vengan!

RUMMEL.—Pero oye…, en el estado de agitación en que…

BERNICK.—¿Qué?

RUMMEL.—Yo no tendría inconveniente en tomar la palabra en tu lugar.

BERNICK.—No, gracias; esta noche quiero hablar yo mismo.

RUMMEL.—Pero ¿sabes lo que tienes que decir?

BERNICK.—Estate tranquilo, Rummel…; *ahora* sé lo que tengo que decir.

(Entretanto ha callado la música. Se abre la puerta del jardín. Rohrland entra a la cabeza de la Comisión, acompañado de algunos criados, que traen un cesto tapado. Les siguen gentes de la ciudad de todas las clases sociales, que entran hasta que se llena la estancia. En el jardín y en la calle se ve una multitud innumerable con banderas y estandartes.)

ROHRLAND.—Respetable señor cónsul: En la sorpresa que leo en su rostro veo que penetramos inesperadamente en su círculo familiar, en su hogar feliz, rodeado de amigos y convecinos prestigiosos y beneméritos. Era para nuestros corazones una necesidad presentarle nuestros homenajes. No es esta la primera vez que lo hacemos, pero nunca, hasta ahora, en tal medida. Muchas veces ya le hemos dado gracias por la sólida base moral sobre la que, por decirlo así, ha edificado usted nuestra sociedad…

VOCES DE LA MULTITUD Y WIEGELAND.—¡Bravo! ¡Bravo!

ROHRLAND.—Hoy le festejamos a usted principalmente como al convecino de clara visión, incansable, desprendido, que ha tomado la iniciativa de una empresa que, según la opinión de todos los entendidos, impulsará poderosamente el bienestar terrenal de nuestra sociedad.

VOCES.—¡Bravo! ¡Bravo!

ROHRLAND.—Señor cónsul, desde hace muchos años marcha usted a la cabeza de esta ciudad con su ejemplo brillante. No hablo ahora de su vida de familia, modelo, ni de su intachable conducta moral. ¡Eso trátese en el recogimiento de una estancia íntima, y no en la sala de fiestas! Hablo de su actividad pública tal como se aparece ante todos los ojos. Barcos bien equipados salen de sus astilleros, y llevan su bandera a los más lejanos mares. Obreros numerosos y felices le miran a usted como a un padre. Al abrir nuevas fuentes de producción, ha fundado usted el bienestar de cientos de familias. Con otras palabras: usted es eminentemente el pilar fundamental sobre que se asienta nuestra sociedad.

VOCES.—¡Muy bien, muy bien! ¡Bravo!

ROHRLAND.—Y precisamente ese resplandor de desprendimiento que ilumina toda su conducta es lo que produce un efecto infinitamente consolador, principalmente en estos tiempos… Está usted ahora a punto de… (no tengo inconveniente en pronunciar la palabra prosaica) de procurarnos un ferrocarril.

MUCHAS VOCES.—¡Bravo! ¡Bravo!

ROHRLAND.—Pero parece que esa empresa no dejará de tropezar con dificultades, producidas por consideraciones mezquinas y egoístas…

VOCES.—¡Muy bien!

ROHRLAND.—Se ha sabido que ciertos individuos, que no pertenecen a nuestra ciudad, se han adelantado a los activos vecinos de nuestro pueblo, y han sabido asegurarse beneficios que en justicia nos correspondían a nosotros…

VOCES.—¡Sí, sí! ¡Muy bien!

ROHRLAND.—Esta noticia lamentable ha llegado también sin duda a su conocimiento de usted. Pero no por eso deja usted de trabajar con firmeza en su propósito, sabiendo que un ciudadano debe de mirar meramente al interés de su pueblo natal.

VARIAS VOCES.—¡No, no!… ¡Sí, sí!

ROHRLAND.—Es, pues, al convecino y al ciudadano, en una palabra, al hombre en todos sentidos a quien tributamos esta noche nuestros homenajes. ¡Que la obra por usted emprendida produzca un bien verdadero y durable a nuestra sociedad! Es verdad que el ferrocarril puede ser un camino que nos traiga de afuera elementos dañinos, pero puede ser también un camino que los aleje de nosotros. Y ni aun ahora podemos librarnos de elementos extraños perturbadores. Pero el que precisamente en esta noche nos hayamos libertado, según el rumor que corre más aprisa y más felizmente de lo que pudiéramos haber esperado, nos hayamos libertado de tales elementos…

VOCES.—¡Chist! ¡Chist!

ROHRLAND.—… lo considero como de buen augurio para la empresa. El que yo toque aquí este punto prueba que estamos en una casa en que las exigencias morales se ponen sobre los lazos de familia.

VOCES.—¡Muy bien! ¡Bravo!

BERNICK.—Permítame…

ROHRLAND.—Pocas palabras ya, señor cónsul. Lo que ha hecho usted por la ciudad no lo ha hecho sin duda con la idea de obtener ventaja material alguna… Pero no rechazará usted un testimonio modesto de reconocimiento de parte de sus convecinos agradecidos, y menos en este momento en que, según hombres prácticos, estamos en los umbrales de un nuevo tiempo.

VARIAS VOCES.—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Muy bien!

(Rohrland hace una seña a los criados, que aproximan el cesto. Algunos miembros de la Comisión van sacando y exponiendo los objetos de que se va hablando en lo que sigue.)

ROHRLAND.—Aquí le entregamos, señor cónsul, un servicio de café, de plata. Que adorne vuestra mesa cuando en lo sucesivo, como hasta ahora con tanta frecuencia, tengamos el placer de reunirnos en esta casa hospitalaria. Y también a ustedes, señores, que habéis trabajado al lado del primero de nuestros convecinos, os rogamos que aceptéis un modesto recuerdo. Esta copa de plata es para usted, señor Rummel. Muchas veces con la copa espumeante ha defendido usted con palabras elocuentes los intereses de nuestra sociedad. Que en lo sucesivo tenga usted repetidamente ocasión digna de llenar y vaciar esta copa. A usted, señor Altstedt, le ofrezco este álbum de fotografías de nuestros convecinos. Su afabilidad reconocida ha hecho que cuente usted con amigos en todas las clases sociales. Y a usted, señor Wiegeland, le ofrezco esta escribanía. Bajo el influjo de los años ha llegado usted a una concepción particularmente seria de la vida; su trabajo ha sido siempre purificado y ennoblecido por el pensamiento en lo alto y en el más allá. *(A la muchedumbre.)* Y ahora, amigos míos, ¡viva el cónsul Bernick y sus compañeros de lucha! ¡Vivan los sostenes de nuestra sociedad!

LA MUCHEDUMBRE.—¡Viva el cónsul Bernick! ¡Vivan los sostenes de la sociedad! ¡Viva, viva!

LONA.—Te felicito, cuñado. *(Pausa.)*

BERNICK.—*(Comienza a hablar seriamente y con lentitud.)* Convecinos míos: El orador que ha hablado en vuestro nombre decía que esta noche estábamos en el comienzo de un nuevo tiempo, y… espero que tenga razón.

Pero para que así sea es preciso que practiquemos la verdad, la verdad que hasta esta noche no se encontraba por ninguna parte entre nosotros. *(Sorpresa en el auditorio.)* Quiero comenzar rechazando las alabanzas con que, según uso en tales ocasiones, me ha abrumado usted, señor coadjutor. No merezco esas alabanzas, pues hasta hoy no he sido el hombre desprendido que usted decía. Si buscaba recompensas materiales, tengo la certeza de que el anhelo de poder, influjo y prestigio era lo que impulsaba la mayor parte de mis acciones.

RUMMEL.—*(A media voz.)* ¿Adónde va a parar?

BERNICK.—No por eso me hago reproches frente a mis convicciones, pues ahora creo que puedo colocarme entre los hombres que más hayan hecho por la ciudad.

MUCHAS VOCES.—¡Sí, sí, sí!

BERNICK.—Pero lo que tengo que censurarme es el haber sido bastante débil a veces a ir por caminos tortuosos, porque conocía y temía la inclinación de nuestra sociedad, a ver motivos impuros detrás de todo lo que emprende alguna persona… Y ahora llega el punto importante.

RUMMEL.—*(Inquieto.)* ¡Hum…, hum!…

BERNICK.—Se ha propalado el rumor de que se habían hecho grandes compras de terrenos. Esos terrenos, todos, los he comprado yo.

MUCHAS VOCES.—¿Qué dice? ¿El cónsul? ¿El cónsul Bernick?

BERNICK.—Provisionalmente están en mi poder. Naturalmente, esto se lo he confiado a mis colaboradores Rummel, Altstedt y Wiegeland, y hemos convenido…

RUMMEL.—¡No es verdad! ¡Pruebas, pruebas!

WIEGELAND.—Nunca hemos convenido nada.

ALTSTEDT.—La verdad es que…

BERNICK.—Exacto; aún no nos hemos puesto de acuerdo sobre lo que yo voy ahora a comunicar. Pero espero que mis tres colaboradores estarán conformes conmigo si digo que esta noche he decidido ofrecer a una Sociedad por acciones esos terrenos; todo el que quiera suscribirse puede hacerlo.

MUCHAS VOCES.—¡Viva! ¡Viva el cónsul Bernick!

RUMMEL.—*(Bajo a Bernick.)* ¡Una traición semejante!…

ALTSTEDT.—*(Igualmente.)* ¿De modo que se ha burlado de nosotros?

WIEGELAND.—¡Que se lleve el demonio…! ¡Dios mío, lo que iba a decir!

LA MULTITUD.—*(Afuera.)* ¡Viva, viva!

BERNICK.—¡Silencio, señores!; no tengo el menor derecho a vuestros homenajes, pues lo que ahora he resuelto no era mi intención al principio. Mi intención era quedarme yo con todo, y sigo siendo, por otra parte, de la opinión de que estos terrenos producirán más en una mano. Vosotros podéis elegir; si lo deseáis así, yo estoy dispuesto a administrarlo como mejor sepa.

VOCES.—¡Sí, sí, sí!

BERNICK.—Pero antes es preciso que mis convecinos me conozcan completamente. Que luego cada cual vea por sí mismo si es cosa de que desde hoy comience un nuevo tiempo; el antiguo con sus falsías, su hipocresía y su oquedad, con su decencia fingida y sus miserables consideraciones debe quedar como un museo para enseñanza común, y a este museo le regalaremos, ¿no es verdad?, así el servicio de café, como la copa y el álbum.

RUMMEL.—Naturalmente.

WIEGELAND.—*(Murmurando.)* Ha cogido usted todo lo demás…

ALTSTEDT.—A su disposición.

BERNICK.—Y ahora arreglaremos cuentas. Acaba de decirse aquí que esta tarde nos habían abandonado malos elementos. Puedo añadir algo que todavía no se sabe; la persona aludida no se ha marchado sola; le acompaña para ser su mujer…

LONA.—*(Alto.)* ¡Dina Dorf!

ROHRLAND.—¿Cómo?

SEÑORA BERNICK.—¿Qué dices?

(Agitación en la multitud.)

ROHRLAND.—¿Escapada? ¿Huida… con él? ¡Es imposible!

BERNICK.—Para ser su mujer, señor coadjutor. Pero tengo que decir aún más cosas. *(Bajo.)* Betty, domínate para soportar lo que va a venir. *(Alto.)* Sabedlo todos. Debéis descubriros ante ese hombre que ha tomado generosamente sobre sí la falta de otro. ¡Convecinos míos, fuera con la mentira! Cerca estaba ya de haber envenenado todas las fibras de mi existencia. Sabedlo todo. Yo fui el culpable de lo que ocurrió hace quince años.

SEÑORA BERNICK.—*(Bajo y conmovida.)* ¡Ricardo!…

MARTA.—*(Igualmente.)* ¡Oh, Juan!…

LONA.—¡Por fin has vuelto a hablarte a ti mismo!

BERNICK.—Sí, yo fui el culpable y él se marchó. No hay poder humano que pueda contrarrestar los rumores falsos y malignos que se propagaron entonces. Pero hace quince años yo subí a costa de ellos; que cada cual reflexione si merezco caer ahora por ellos.

ROHRLAND.—¡Es como si hubiera caído un rayo!… ¡La persona más importante de la ciudad!… ¡Cómo la compadezco a usted, señora!

HILMAR.—¡Una confesión semejante! La verdad es que…

BERNICK.—¡Nada de disculpas esta noche! Os invito a que os vayáis a casa, a que os recojáis en vosotros mismos y meditéis. Una vez que los ánimos se hayan calmado, se verá si he ganado o perdido con todo esto. ¡Adiós, pues! Tengo aún mucho más de que arrepentirme, pero eso solo toca a mi conciencia. ¡Buenas noches! Y fuera todos estos atavíos de fiesta. Todos sentimos que no es el momento oportuno.

ROHRLAND.—Claro que no. *(Baja, a la señora Bernick.)* ¡Escapada!… De modo que era completamente indigna de mí. *(A media voz, al Comité.)* Sí, señores; después de esta incidencia, creo que lo mejor será alejarse en silencio.

HILMAR.—¿Cómo se va a poder mantener enhiesta la bandera espiritual que…? ¡Oh, oh!…

(Entretanto la noticia se ha ido transmitiendo de boca en boca. La multitud se aleja por el jardín. Rummel, Altstedt y Wiegeland se marchan discu-

tiendo con calor, pero a media voz. Hilmar se va calladamente por la derecha.)

BERNICK.—¿Puedes perdonarme, Betty?

SEÑORA BERNICK.—¿Sabes, Ricardo, que me has abierto el porvenir más hermoso que pudiera pensar?

BERNICK.—¿Cómo?

SEÑORA BERNICK.—Durante muchos años creí que te había poseído y luego te perdía. Ahora veo que nunca te he poseído y quiero que seas mío.

BERNICK.—*(Abrazándola.)* ¡Oh, Betty, tuyo soy! Gracias a Lona te he conocido verdaderamente. Y ahora que venga Olaf.

SEÑORA BERNICK.—Sí, voy a traértelo… señor Krapp… *(Habla en voz baja en el fondo con él. Él sale por la puerta del jardín. Durante lo que sigue se van apagando las luces de la fiesta.)*

BERNICK.—*(Bajo.)* Gracias, Lona. Has salvado lo mejor que había en mí, y lo has salvado para mí.

LONA.—¿Buscaba yo otra cosa?

BERNICK.—¿Sí… o no? No acabo de entenderte.

LONA.—¡Hum!…

BERNICK.—¿De modo que no era odio? ¿No era por venganza? ¿Por qué viniste entonces?

LONA.—El amor antiguo nunca muere.

BERNICK.—¡Lona!…

LONA.—Cuando Juan me contó lo que había ocurrido, me juré a mí misma que había de libertar al héroe de mi juventud.

BERNICK.—¡Oh, qué poco lo he merecido yo!

LONA.—Si nosotras, las mujeres, preguntásemos por el merecimiento…

(Auler viene del jardín con Olaf.)

BERNICK.—*(Saliendo a su encuentro.)* ¡Olaf!…

OLAF.—Papá, te prometo que no volveré…

BERNICK.—¿A escaparte?

OLAF.—Te lo prometo.

BERNICK.—Y yo te prometo que no volverás a tener motivos para hacerlo. De hoy en adelante vivirás, no como el heredero de mi misión, sino como un hombre joven que tiene que buscarse su misión propia.

OLAF.—¿Y podré ser lo que me guste?

BERNICK.—Lo que quieras.

OLAF.—Gracias, papá. Y oye… No quiero ser un sostén de la sociedad.

BERNICK.—¿Y por qué no?

OLAF.—Creo que debe ser muy aburrido.

BERNICK.—Quiero que seas un hombre de bien. En lo demás, que sea lo que Dios quiera… Y usted, Auler…

AULER.—Ya sé, señor cónsul… Estoy despedido…

BERNICK.—Continuaremos juntos; y perdóneme usted…

AULER.—¿Cómo? Pero el barco no se hace hoy a la mar.

BERNICK.—No saldrá tampoco mañana. Le di a usted un plazo demasiado corto. Es preciso hacer una reparación escrupulosa.

AULER.—Así se hará, señor cónsul. Y con las nuevas máquinas.

BERNICK.—Está bien, Auler. Pero escrupulosa y honradamente. Hay bastantes cosas aquí que necesitan repararse escrupulosa y honradamente. Y ahora, buenas noches, Auler.

AULER.—Buenas noches, señor cónsul… ¡Y gracias, gracias, gracias! *(Vase por la derecha.)*

LONA.—Ya se han ido todos.

BERNICK.—Y estamos solos; mi nombre ya no luce en transparentes; las luces se han apagado.

LONA.—¿Desearías que volviesen a encenderse?

BERNICK.—¡Por nada del mundo! ¿Dónde he estado? Os espantaríais si lo supieseis. Ahora es como si después de haberme envenenado hubiera

vuelto en mí. Y siento que puedo volver a ser joven y sano. ¡Oh, venid, apretaos contra mí! ¡Ven, Betty! ¡Ven, Olaf, hijo mío! ¡Y tú, Marta…; me parece como si en todos estos años no te hubiera notado!…

LONA.—Lo creo; vuestra sociedad es una sociedad de solteros; a las mujeres no las notáis.

BERNICK.—Es verdad…, y por eso precisamente es necesario que te quedes para siempre con Betty y conmigo.

SEÑORA BERNICK.—¡Sí, Lona, con nosotros!

LONA.—¿Cómo me creéis capaz de abandonaros ahora que acabáis de encontraros? Tú y yo, Marta…; las dos viejas tías… ¿Adónde miras?

MARTA.—¡Cómo se aclara el cielo! ¡Cómo luce el mar! La «Palmera» tiene suerte.

LONA.—Lleva a bordo la dicha.

BERNICK.—Y nosotros… A nosotros nos espera un largo día de trabajo, a mí especialmente. Pero que venga. ¡Estad a mi lado vosotras, mujeres fieles y verdaderas! Estos días he aprendido una cosa: ¡las mujeres son el sostén de la sociedad!

LONA.—Has aprendido bien poca cosa, cuñado. *(Poniéndole una mano sobre el hombro.)* No. ¡Libertad y verdad!… ¡Esos son los sostenes de la sociedad!

FIN

Nota sobre esta edición

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo V (Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; Biblioteca Clásica, tomo CCLVI), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡Gracias por leer este libro de
WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web